

BUENO
de Escultura
y Dibujo,
Obras
el contde
y á plazes,
Revistas
y Figurines.

La Ilustración Artística



AÑO XXIX

BARCELONA 1.º DE AGOSTO DE 1910

NÚM. 1.492



MONUMENTO A DAOIZ Y VELARDE, obra de Aniceto Marinas,
solemnemente inaugurado en Segovia el día 15 de julio último por S. M. el rey D. Alfonso XIII
(De fotografía de Julio Duque.)

SUMARIO

Texto.—Revista hispanoamericana, por R. Beltrán Rózpide. — *La zahareña*, cuento de María Thiery. — *Segovia. Inauguración del monumento á Daoiz y Velarde.* — *San Sebastián. Fiestas veraniegas.* — *Valencia. La cabalgata de los mercados. La fiesta de «Chantecler».* — *Barcelona. Monumento á las glorias españolas.* — *Medalla de la Sociedad Astronómica.* — *Problema de ajedrez.* — *El misterio del cuarto amarillo* (novela ilustrada; continuación). — *París. Inauguración del Museo Balzac.* — *Suiza. La catástrofe del Bergli.* — *París. Una embajada inglesa extraordinaria para notificar al gobierno de Francia la muerte de Eduardo VII y el advenimiento al trono de Jorge V.*

Grabados.—*Monumento á Daoiz y Velarde*, obra de Aniceto Marinas. — Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *La zahareña*. — *Hilandería*, cuadro de Hoog. — *El actor Rodolfo Rittner*, retrato de Luis Corinth. — *Segovia. Varias vistas relativas al festival en honor de Daoiz y Velarde.* — *El yate real «Giralda» recientemente botado al agua.* — *El yate alemán «Kronpr. nrisin Cecilie» que ha llevado á San Sebastián varios turistas alemanes.* — *Regatas de balandros.* — *El interior del frontón de Jai Alai durante el partido de pelota á beneficio de la Asociación de la Prensa.* — *SS. MM. á la entrada del frontón el día de este partido.* — *Valencia. La cabalgata de los mercados y la fiesta de «Chantecler»* (varios fotografías). — *Don Quijote y los galeotes*, cuadro de J. H. Turres. — *Obras del notable pintor español Manuel Benedito* (lámina). — *Barcelona. Monumento á las glorias españolas. Boceto de este monumento y colocación de la primera piedra.* — *Medalla de la Sociedad Astronómica.* — *Inauguración del Museo Balzac* (tres fotografías). — *Vista del lugar de la catástrofe del Bergli.* — *París. El embajador extraordinario inglés y el jefe del Protocolo.*

REVISTA HISPANOAMERICANA

La Universidad hispanoamericana contra la Oficina internacional de las Repúblicas americanas y contra los Estados Unidos del Norte. — Lo que son algunas Repúblicas democráticas. — *Cuba*: el mensaje del presidente: la ley del cierre. — *México*: la reelección de Díaz y el partido antirreeleccionista. — *Nicaragua*: la guerra civil. — *Venezuela*: los propósitos del nuevo presidente. — El español, lengua internacional.

La Universidad hispanoamericana, fundada y dirigida por el ilustre colombiano D. Tomás Cerón Camargo, entra en funciones y, actuando como representante de los ideales de los latinoamericanos, se pone enfrente de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas instalada en Washington.

Ha elaborado esta Oficina un programa para la Conferencia internacional de Buenos Aires y en contra de ese programa presenta el suyo la Universidad hispanoamericana.

La primera rotunda afirmación del programa que suscribe el delegado general de la Universidad señor Cerón Camargo es que la conmemoración de la independencia de las Repúblicas hispanoamericanas debe ser la ratificación y garantía de la independencia y libertad absoluta de ellas para detener las invasiones y abusos de los Estados Unidos del Norte en los negocios internos y en la soberanía de las mismas, lo cual no puede tener efecto sino por la suscripción de la nueva Acta de la Independencia de las Repúblicas americanas, declarándolas soberanas dentro de los límites que tenían antes del 3 de noviembre de 1903, salvo tratados y convenios posteriores, incluyendo la isla de Puerto Rico entre los Estados hispanoamericanos independientes.

A juicio de la Universidad hispanoamericana, la Oficina internacional de Washington es una institución deshonorosa para la América latina. Se la ha definido diciendo que es «la policía secreta de los Estados Unidos sobre América latina y el trono de la dictadura sobre ella.» Protesta la Universidad contra la proposición que la Oficina presenta á la Conferencia internacional á fin de que se tome acuerdo de gratitud al Sr. Carnegie por su donativo para la construcción del edificio destinado especialmente á dicha Oficina. El Sr. Carnegie da sólo para todo aquello que puede contribuir al elogio ó enaltecimiento de su persona ó de su país; para las instituciones genuinamente hispanoamericanas no tiene dinero. La Oficina internacional es el cadalso de la soberanía hispanoamericana: bien está que los hispanoamericanos se resignen ante sus desgracias, pero no han de humillarse hasta el punto de besar la mano que los hiere. Esto sólo lo hacen los esclavos.

Pide también la Oficina al Congreso ó Conferencia internacional americana una resolución que autorice al Consejo directivo de aquélla para acordar la manera cómo estos países han de celebrar la apertura del canal de Panamá. La Universidad hispanoame-

ricana considera que esta parte del programa es lisa y llanamente un insulto á los delegados que concurrían á la Conferencia como representantes de la América latina. ¿Cómo se puede imaginar el director de la Oficina internacional que los hispanoamericanos que representan los intereses de la raza en la Conferencia de Buenos Aires vayan á sancionar el procedimiento para el despojo de Panamá á Colombia hecho por los Estados Unidos, cuando con él se ha inferido gravísima injuria á la raza hispanoamericana? Sería llamar á las hermanas de la víctima y á la víctima misma á sentarse á la mesa del festín con que se celebra el insulto mayor que se puede hacer á una nación de la altivez de la heroica Colombia.

Finalmente, la Conferencia internacional americana de Buenos Aires debe proclamar, por decoro y para seguridad de la raza hispanoamericana, los siguientes principios: Que de hoy en adelante los hispanoamericanos estarán de pie, si no para defenderse, por la superioridad, de la fuerza que los ataca, si para protestar y para morir, y que no tolerarán por más tiempo la dictadura de los Estados Unidos del Norte sobre la América latina.

Simpatía merecen, ciertamente, estos alardes de independencia y dignidad; pero también es cierto que tanta mayor justificación tendrán cuanto más se consolide el orden público y se normalice la vida política y económica en algunas de esas Repúblicas hispanoamericanas que hoy tascan el freno que les ponen los yanquis.

Para ser independiente y vivir con dignidad, hay que ponerse en condiciones de serlo y de poder ostentarla sin caer en lo ridículo. Como en estos mismos días ha escrito un docto publicista y diplomático hispanoamericano, el Sr. Planas Suárez, «ocurre frecuentemente en muchas Repúblicas de instituciones liberales que las leyes son letra muerta y que sólo impera la voluntad personal de despóticos mandatarios. Y así, en términos generales, moral y materialmente el país decae, se empobrece, muere el espíritu ciudadano y en medio de ruina tal, debida á gobiernos torpes, la soberanía se desmedra y la independencia nacional viene á menos. Porque no basta invocar principios de jurisprudencia universal, ó exponer doctrinas del derecho internacional, ó demostrar con simples palabras que se tiene un *corpus juris* que sobrepasa á toda ponderación en punto á liberalidad. Para ganar la confianza y la estimación de gobiernos ilustrados y serios y de pueblos cultos, es menester que los hechos y las acciones y las prácticas; con su muda pero irrecusable elocuencia, demuestren que las instituciones tienen vida efectiva; que los Poderes constitutivos del Estado se desenvuelven normalmente, dentro de sus esferas de acción separadas; en fin, que al amparo de leyes adecuadas y sagradas, se desarrolla el progreso nacional en todas sus manifestaciones. Sólo así podría robustecerse la soberanía, alcanzarla plenamente, tal como se entiende en derecho, y cimentar la independencia nacional. Por el lado contrario todo son ilusiones: ni independencia ni soberanía existen.»

* *

En el último mensaje leído ante las Cámaras por el presidente de la República cubana, la nota más satisfactoria es la referente á la gestión financiera del gobierno. Los ingresos efectivos en el ejercicio anterior excedieron á los presupuestos en diez millones de dólares; se gastaron 1.500.000 menos de lo que se había calculado. En lo demás, promesas de nuevas leyes para favorecer la agricultura y estimular la inmigración, ampliar la red de comunicaciones, proseguir las obras de saneamiento, en suma, repetición de lo que se viene diciendo y prometiendo en estos mensajes y otros documentos oficiales.

Desde el 24 de mayo rige la ley de Suspensión del trabajo, vulgarmente llamada «ley del cierre» ley bien original, porque el Congreso cubano ha sido el primero en votarla y Cuba es el primer país del mundo en que se aplica. Ha sido muy mal recibida, por los trastornos y conflictos que produce en la práctica del comercio y en las costumbres del país. En gran manifestación celebrada el domingo 26 de junio, protestaron los obreros contra una ley que les priva de adquirir los elementos necesarios para la vida después de las ocho de la noche. Pasada esta hora ó las seis de la tarde, según la clase de artículos de que se trate, hay que cerrar los establecimientos de venta y suspender todo trabajo. Es una de esas leyes tiránicas, remedo de las de la Edad media, que ahora se dictan con propósito de favorecer á la clase obrera manual, y sin embargo, esta misma clase la rechaza ó pide reformas, que no habrá más remedio que aceptar, llevándolas al reglamento para la aplicación de la ley.

Sin dificultad ninguna, han sido reelegidos presidente y vicepresidente respectivamente de los Estados Unidos mexicanos los Sres. Díaz y Corral.

Hubo antes alguna agitación promovida por el partido antirreeleccionista, cuyos candidatos eran D. Francisco L. Madero y D. Francisco Vázquez Gómez. Alzaban la bandera de la democracia, frente á lo que ellos llaman la dictadura de Díaz, y con el concurso de parte de la prensa y de algunas asociaciones feministas, organizaron una gran manifestación popular que recorrió calles y plazas de la ciudad de México, para pedir gobierno que representase la verdadera voluntad nacional.

Pero, como se ha dicho, la voluntad nacional, verdadera ó no, pero legal, se ha declarado en pro de la reelección, y el general Porfirio Díaz sigue siendo presidente ó..., dictador de la República de México.

* *

En lo de Nicaragua no hay novedad. Persiste el estado de guerra civil, y no hay medio de saber, de modo cierto, cuál de los dos bandos triunfa. Las noticias que vienen por conducto de los Estados Unidos suelen ser favorables á los partidarios de Estrada; mas parece, á juzgar por los movimientos y situación de las fuerzas combatientes, que las de Madriz ganan terreno y operan con ventaja en la zona del Oriente, ó sea en la que se impusieron los revolucionarios y donde Estrada pensó crear una republiquilla protegida por los yanquis, para, en ocasión oportuna, apoderarse del resto de Nicaragua, reunir Congreso y legalizar la situación sometiéndose al voto unánime y *libérrimo* de sus conciudadanos.

Ya sabemos que este es el procedimiento puesto en práctica en esas Repúblicas democráticas de que nos habla el Sr. Planas Suárez, y en las que son mera ilusión democracia y libertad, independencia y soberanía.

* *

El general Gómez, el que en Venezuela fué vicepresidente 1.º con Castro, y que cuando éste vino á Europa le sustituyó como interino y como presidente provisional después, declara con la mayor sinceridad en el mensaje de junio que no le ha sorprendido su elección para la presidencia constitucional de la República. A su amor á la patria, dice, al celo que pone en la defensa de los intereses nacionales, debe el insigne honor que se le ha hecho y al que se esforzará en corresponder, redoblando sus esfuerzos en pro del bienestar de sus conciudadanos y de la prosperidad del país.

Protesta Gómez contra el funesto régimen de personalismo (en que él tomó la parte tan principal que corresponde á un primer vicepresidente) que cayó con aquella revolución de diciembre, la cual en pocas horas y sin violencias ni conflictos estableció el régimen de las prácticas legales.

Con él se inaugura una era constitucional de paz y de concordia y de patriótica unión en la que se han de perfeccionar las instituciones, emprender grandes reformas administrativas y útiles trabajos públicos, explotar la riqueza del país en provecho propio y levantar el crédito de la República al nivel del de otras naciones por la dignidad y la buena fe en los tratados que garanticen la deuda internacional.

Quiere, en suma, el nuevo presidente gobernar con energía y administrar con severo método para que la firma y la honorabilidad de Venezuela sean los títulos que valgan á la República la amistad de todos los pueblos civilizados.

* *

Muchos periódicos y revistas de España y del extranjero vienen reproduciendo la noticia de que en los Estados Unidos alguien ha lanzado la idea, no mal acogida, de aceptar el español como lengua internacional, ya que de hecho lo es más que ninguna otra por el número de naciones que la hablan. Es, en efecto, el idioma de 19 nacionalidades y se habla además en Puerto Rico, en Filipinas y en algunos estados del Oeste de la Unión norteamericana, y aun pudieran añadirse Brasil, Portugal y las colonias de este reino, puesto que sin gran esfuerzo pueden entenderse españoles y portugueses hablando cada cual en su respectivo idioma.

La idea que ahora nos dan como novedad hace años que se proclamó en Alemania, donde los comerciantes y las instituciones de instrucción y propaganda mercantil ponen preferente empeño en conocer y difundir la enseñanza del idioma español.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA ZAHAREÑA, CUENTO DE MARÍA THIERY (I). Dibujo de Sardá



Juan Pedro le propuso comprarle la casita...

La casa de Clara estaba á mitad de la colina, junto á la viña de Juan Pedro y á la orilla de un bosque de castaños que también á Juan Pedro pertenecía.

Juan Pedro, «el rico,» como en la aldea le llamaban, poseía además una gran casa en el llano, no lejos del riachuelo, cuyo rumor, en los días de crecida, podía oír desde su vivienda, y tenía, en la cumbre de la colina, encima de la viña y del castañar, un vasto terreno lleno de brezos y de juncos que le permitía poner en sus establos una gruesa pajaza.

La casa de Clara era de barro seco, de tablas mal cuadradas y de una techumbre de paja; y como las hojas muertas de los castaños caían sobre ésta y permanecían á ella adheridas por la acción de las lluvias, formábase allí un humus fértil en donde brotaban hierbas floridas y frágiles plantas que el viento balanceaba suavemente y que, cuando Clara salía, parecían inclinarse curiosas para mejor verla pasar.

Menester era que fuese una hierbecita puesta allí por la mano de Dios, para poder mirar á Clara sin amedrentarla; porque la muchacha era tímida como una cierva y le costaba un verdadero sacrificio bajar á la aldea. Es verdad que sólo bajaba á ella los domingos para ir á misa y llevar las medias y los calcetines que por encargo de las aldeanas confeccionaba.

No contaba con más recursos que con el producto de aquellas labores y con el de la venta de esas escobillas hechas con hierbas secas, muy largas, que es preciso coger una por una entre los juncos, punzándose cruelmente los dedos.

Contaba además con las castañas del bosque, esas castañas de árboles demasiado jóvenes y sin cesar recortados, pequeñas, amargas y que apenas merecían el trabajo de ser recogidas. Juan Pedro se las cedía á Clara, la cual, en señal de acatamiento, escogía para él una medida de las más gordas.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

El castañar había pertenecido, en otro tiempo, al padre de Clara; pero éste, hombre perezoso, borracho y gastador, después de haber matado á disgusto á su mujer y de haberse dejado despojar de su tierra y arrojar de su casa, habíase refugiado en aquella choza cuya propiedad habíase reservado, por prudencia, al vender el bosque á Juan Pedro.

Este había consentido en ello movido á compasión por Clara, la hija del borracho, aquella muchacha tan endeble, pero tan bonita, á la que su padre, según decían, pegaba cuando estaba ebrio y que, á pesar de no contar más que quince años, llevaba impresas en su rostro las huellas del dolor y del cansancio.

Juan Pedro pensaba: «El padre, minado por el alcohol, vivirá poco tiempo; una vez él muerto, compraré la casa á su hija, que se pondrá á servir, y ya no tendré en mis tierras gente extraña.»

Pero Juan Pedro echaba la cuenta sin la huésped. En efecto, el borracho se empeñaba en no morir; cada día más embrutecido, trabajaba sólo para ganar con qué beber. Entonces fué cuando Clara se dedicó á coger hierbas para hacer escobas, á recoger castañas y á hacer medias y calcetines.

Pasó tiempo y la muerte, en vez de llamar á la puerta de la pobre cabaña, entró en la casa de Juan Pedro, el rico, dejando á éste viudo.

Como era muy joven todavía y no tenía hijos, todo el mundo, apenas enterrada su esposa, dióse á pensar en quién sería la mujer afortunada que ocuparía el lugar de la muerta; mas todo el mundo se llevó chasco, porque Juan Pedro declaró rotundamente que quería vivir solo y que sus sobrinos bastarían para recoger su herencia.

Al principio, nadie dió crédito á sus palabras; después la gente mostróse admirada, le criticó y le censuró encogiéndose de hombros; al fin, como pasa siempre, el asunto quedó olvidado.

Al fin el padre de Clara libró á ésta de su presencia atormentadora, y la chica fué lo bastante buena

para llorarle. Juan Pedro le propuso comprarle la casita, que serviría de cabaña en donde podrían descansar en las horas de las comidas los obreros que trabajasen en la viña.

Clara se negó á venderla; había tomado cariño á su vivienda salvaje, repugnábale mezclarse con las gentes del llano y la idea de ponerse á servir la espantaba. En sus bosques, habíase formado un alma ajena á las realidades de la vida; su imaginación llenábase de ensueños que ella no había podido concretar y su corazón, embotado, no pedía otras respuestas á sus vagas necesidades de cariño que las que le daban las cosas familiares, esa caricia de los objetos inanimados que sienten ciertos seres ó muy refinados ó muy primitivos. Clara amaba su pobre choza, amaba la voz del viento que cantaba entre los castaños, amaba las doradas tuyas, los brezos de color de malva, el roce mimoso de los largos helechos..., amaba todas estas cosas y creía que todas estas cosas la amaban á ella.

Clara no quiso partir y sin acordarse de que era joven vivía al día. El trozo de espejo colgado junto á la ventana le reproducía, sin que ello la alegrase ni la entristeciese, un rostro correcto, de color de ámbar, que oscurecía aún el delicioso rubio de sus cabellos; unos labios pálidos y unos ojos que, á fuerza de no mirar más que el cielo, los grandes espacios ó las sombrías profundidades de los bosques, parecían más luminosos, más grandes, más profundos que otros ojos.

Juan Pedro visitaba casi diariamente su viña, de la que estaba orgulloso; admirablemente orientada, ostentaba al sol, en primavera, su falda de raso verde, que en verano el sol enrojecía y que se volvía de oro durante el otoño. Y el viudo la cruzaba lentamente, deteniéndose aquí y allí para arreglar un pámpano, cortar un brote nocivo ó contar los racimos que maduraban, según las estaciones. Muy á menudo pasaba cerca de la casa de Clara, quien, al oír sus pasos, salía, se ruborizaba y se sonreía un



Hilandera, cuadro de Bernardo Hoog

poco, muy poco; endurecida por el sufrimiento y por la miseria, la muchacha nunca se expansionaba del todo. A veces encontraba también a «la zahareña», como en la aldea la llamaban, sentada delante de su choza haciendo media ó fabricando escobas.

—Buenos días, Clara, decíale con dulzura.

Juan Pedro no la intimidaba, porque sabía que era bueno y había visto cómo compadecía su infancia miserable, y al verle no apartaba sus ojos profundos, en los que se hundía largamente la mirada de Juan Pedro. Cuando éste se acercaba, sentía ella un placer tranquilo; con él hablaba algo y á sus preguntas contestaba con algo más que con monosílabos. Su presencia no la conturbaba ni su partida la entristecía, y no se daba cuenta de que poco á poco la voz del viento, las caricias de los helechos, los rosados brezos y los juncos de oro, todas aquellas cosas que hasta entonces sólo le hablaban de su propia belleza, ahora le hablaban principalmente de Juan Pedro. Sus pensamientos se concretaban; sus ensueños ya no eran indecisos; pensaba y soñaba con las palabras de Juan Pedro y no imaginaba nada mejor que sus apacibles coloquios.

Pero todo esto dormitaba en ella sin que ella lo sospechara. Clara estaba como medio dormida y medio despierta.

Y cuando el viento soplaba áspero, violento, Clara, sin cortedad, sin timidez, invitaba á Juan Pedro á que entrase en su choza, y él entraba.

Aquel año, un mes de septiembre lluvioso había retrasado la vendimia, así es que en cuanto pudo comenzarse la recolección, procuróse efectuarla lo más deprisa posible, y como lo mismo sucedía en todas partes, escasearon los brazos.

Juan Pedro fué á ver á Clara.

—Tendrías que venir á ayudarnos, le dijo.

Y Clara accedió, luchando, para no negarse, con la repugnancia que le inspiraba el mezclarse con los trabajadores.

Juan Pedro pareció comprender su esfuerzo y se lo agradeció; y á fin de animarla, de amansarla, trabajó á su lado. Al principio los trabajadores quisieron burlarse de ella y aun le dirigieron frases agresivas.

—¡Eh, tú, la zahareña! Qué, ¿ya no te damos miedo? ¿Al fin este año te has decidido? ¡Cuéntanos alguna historia ya que tan aficionada eres á hablar!

Clara no contestó y miró con ojos implorantes á su amo, el cual impuso silencio á los parlanchines.

A mediodía, Juan Pedro fuése solo á la aldea para comer, y los obreros, sentados á la sombra de unos árboles, sacaron de sus alforjas las cabezas de ajo que constituye la base de las comidas en tiempo de

vendimia cuando el amo permite añadir á ellas uvas á discreción.

Una mujer invitó á Clara; era una vieja para quien ésta había hecho medias algunas veces, y la muchacha, para no ofenderla con una negativa, aceptó. Pero pronto cesó de comer, para escuchar, con ojos espantados y labios temblorosos, las cosas inauditas que le decían. Nada respondía «la zahareña;» no se defendía contra las acusaciones que voces burlonas ó amenazadoras hacían llover sobre ella, é impotente para comprender que la hacían objeto de burla, sentíase anonadada de vergüenza, empujada á un abismo, y su corazón dolorido parecía querer saltarle del pecho. «¡Sueño, sueño!—pensaba.—¡No es de mí de quien hablan; es una pesadilla!» Las voces, sin embargo, seguían acusándola claramente. En vano la vieja que la invitara decía: «¡Dejadla en paz!» Nadie le hacía caso y poco á poco las cosas dichas al principio, no por convencimiento, sino con ánimo de mortificar, acabaron por ser creídas y afirmadas como verdades inconcusas.

Clara, con un brusco movimiento, rígidos los miembros como los de una sonámbula, se levantó y sin hacer caso de los que la llamaban, alejóse

de aquellas gentes; y una vez en su casa, sintiéndose segura, se echó á llorar. Luego se tranquilizó y sus ideas se concretaron.

La zahareña ignoraba la hipocresía, el falso pudor, el arte de hacer comprender con medias palabras lo que uno se no atreve á decir; así es que cuando algo

más tarde Juan Pedro, sorprendido de que no volviese á la viña, fué á buscarla, ella, sin vacilar, con acento enérgico en el que vibraba un gran dolor, le explicó su tortura.

—No sabía, Juan Pedro, que mi permanencia aquí pudiese perjudicar á usted, pero aquellos hombres me lo han hecho ver, al decir que viéndole á usted despreciar tantos y tan buenos partidos se ha buscado el por qué de su conducta y la gente cree que soy yo la causa de ella. Dicen que viene usted aquí muy á menudo y que por amistad á mí no ha querido usted escoger otra compañera; y aunque sé que esto no es cierto, que yo soy una pobre muchacha y que jamás he pensado en nada de lo que se supone, puesto que esas malas gentes afirman tales infamias, oiga usted lo que pienso hacer.

Callóse un instante sin bajar sus grandes ojos puros como un manantial y en los que se transparentaba su corazón. Juan Pedro permanecía silencioso. Clara prosiguió:

—Si usted quiere todavía comprar esta choza, yo se la venderé por lo poco que vale y me iré lejos...

Su voz era cada vez más desconsolada y sus labios temblaban.

—¡Clara, Clara mía!, exclamó Juan Pedro cogiéndole suavemente las manos.

De pronto, aquellos ojos purísimos medio se cerraron y una nube rosada cubrió el rostro de la zahareña, comunicándole una expresión radiante.

—¡Clara!, continuó diciendo Juan Pedro. ¿Y si fuese verdad lo que han dicho esas malas lenguas?

—¡Oh, por qué se burla usted de mí, Juan Pedro!, exclamó la muchacha mirándole consternada.

—No me burlo... Esas gentes chismosas que han dicho que te amo han adivinado la verdad... Pero esta verdad yo mismo la ignoraba... Ahora la siento, ahora la comprendo..., y comprendo también por qué, aun á pesar mío, venía aquí con frecuencia... Venía para verte, para oírte, y sin darme cuenta de ello... ¡Ea, Clara mía! Dejemos que la gente murmure, porque murmurará, tenlo por cierto; pero Juan Pedro el rico te dirá «¡Gracias, Clara!» si le entregas tu alma tan pura, tu corazón que nunca ha amado.

Diciendo esto, atrájola entre sus brazos y Clara aceptó su beso.

Y en aquellos ojos que fijamente le miraban pudo ver Juan Pedro la fresca pureza de los manantiales, en los que reflejábese tembloroso un rayo de sol.



El actor Rodolfo Rittner, retrato de Luis Corinth

SEGOVIA.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á DAOIZ Y VELARDE. (Fotografías de Julio Luque.)

Con gran solemnidad efectuáronse el día 15 de julio último en Segovia la inauguración del monu-
Majestad entregó los reales despachos á los nuevos oficiales de artillería, pronunciando con este motivo

Desde el Alcázar trasladáronse las reales personas y los invitados á la Academia de Artillería, en donde se sirvió un banquete que presidió el rey, quien tenía á su derecha á la infanta Doña Isabel y á su izquierda al vizconde del Parque, descendiente de Daoiz.

Después del banquete, el monarca y la infanta marcharon á la Granja, siendo ambos objeto de una despedida entusiasta.

Un brillante baile celebrado en los salones de la Diputación Provincial y una animada verbena popular pusieron término á las fiestas con que los artilleros y la ciudad de Segovia han solemnizado la inauguración del monumento á los dos héroes del 2 de mayo.

Digamos algo ahora de la obra, bajo todos conceptos notable, de Aniceto Marinas.

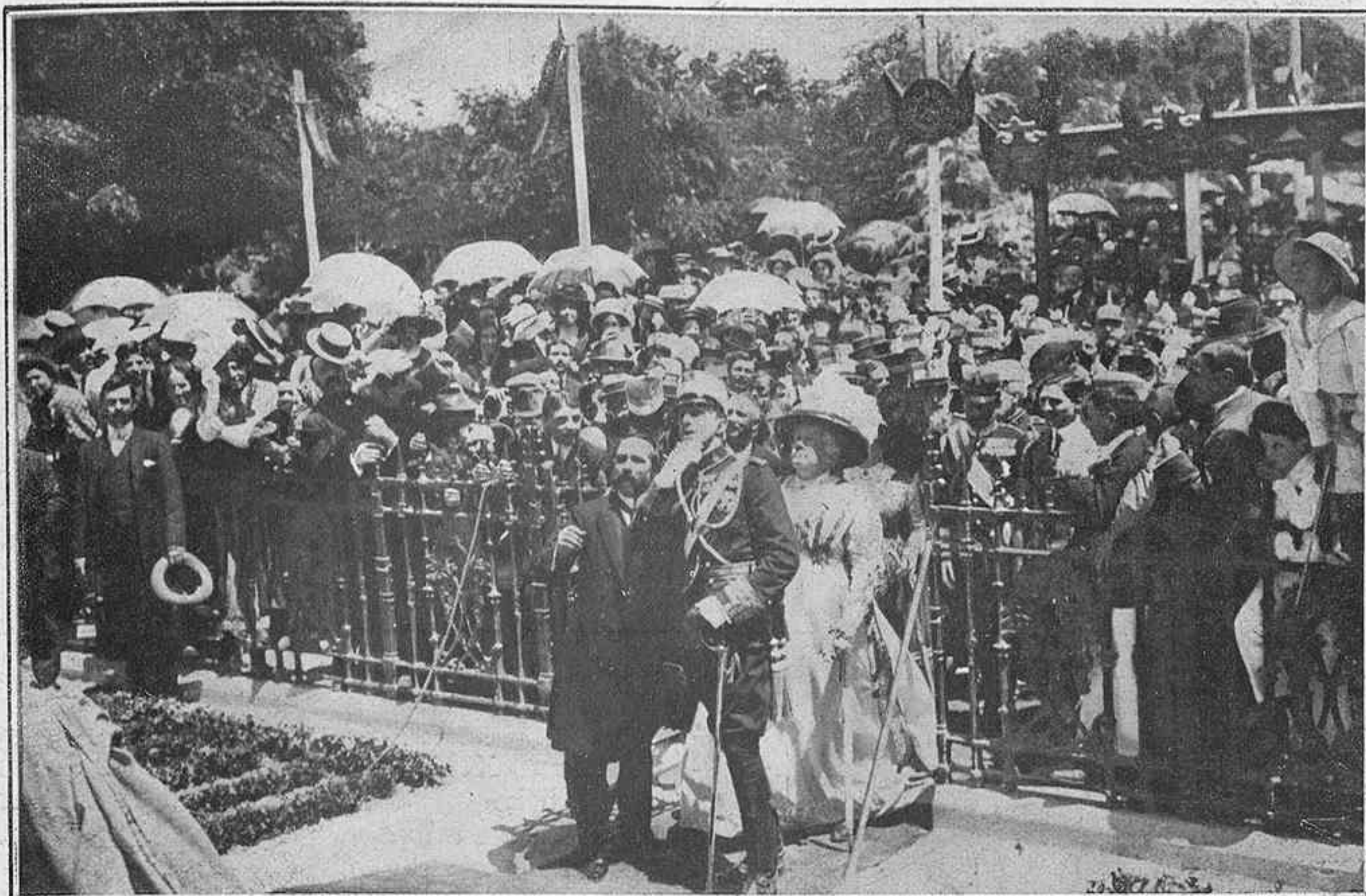
Consta el monumento de un plinto rectangular de piedra granítica de diez metros de frente por ocho de costado, del cual arrancan cuatro gradas sobre las que se asienta el zócalo del pedestal. Una hilada de piedra sirve de base al fuste, rematado por grandes molduras en forma de capitel. En las partes laterales del pedestal, dos grandes lápidas ostentan los escudos en bronce de Sevilla y Santander, al pie de los cuales se leen respectivamente las siguientes inscripciones: *El capitán D. Luis Daoiz con su heroica resolución y sacrificio, el 2 de mayo de 1808, en la defensa del Parque de Monteleón, señaló á la patria el camino de su honor é independencia. Sevilla: 1767. Madrid: 1808.—El capitán D. Pedro Velarde, abrazando el partido más digno de su espíritu y honor, el 2 de mayo de 1808, en la defensa del Parque de Monteleón, dió, con su heroísmo, gloria á la patria y ejemplo al mundo. Muriedas: 1779. Madrid: 1808.*

Adosados al pedestal, dos grandes relieves de bronce reproducen dos de los más culminantes episodios de la defensa del Parque de Monteleón: en el uno, Daoiz, al pie de un cañón, hace heroicos esfuerzos por contener al enemigo; Velarde, herido mortalmente, está rodeado de hombres y mujeres que, encendidos de ira, parecen ir en busca de una muerte gloriosa; en el otro, una masa del pueblo, guiada por Velarde y provista de armas de todas clases, se precipita fuera del parque.

Delante del primer relieve, una estatua de mármol simboliza la Historia.

Corona el monumento, cuya altura total es de 12'60 metros, un hermosísimo grupo alegórico de bronce que representa á España, en actitud noble y enérgica, recogiendo los cuerpos moribundos de los dos héroes y la bandera á cuya sombra combatieron y que un águila pugna por arrebatarle.

En el pedestal hay las dos inscripciones que pueden verse en dos de nuestros grabados.—E.



S. M. el rey D. Alfonso XIII, S. A. R. la infanta Doña Isabel y el escultor Sr. Marinas contemplando el monumento

mento á Daoiz y Velarde y las demás fiestas con que la Academia de Artillería quiso celebrar aquel acto, realizado por la presencia de Su Majestad el rey D. Alfonso XIII y de S. A. R. la infanta Doña Isabel.

Desde las primeras horas de la mañana reinaba en la ciudad extraordinaria animación; las casas se hallaban engalanadas con colgaduras y en una de las calles alzabase un soberbio arco construido por la Cámara de Comercio. De toda España habían acudido numerosas comisiones militares y representaciones de los cuerpos de artillería de todos los departamentos, y en tren especial ó en automóviles llegaron los elementos oficiales, entre ellos S. A. R. la infanta Doña Isabel, el presidente del Consejo señor Canalejas, el obispo de Sión, el presidente del Senado Sr. Montero Ríos, el vicepresidente del Congreso Sr. Ruiz Jiménez, el ministro y el subsecretario de la Guerra y otras distinguidas personalidades.

A las once y media llegó S. M. el rey D. Alfonso XIII, á quien acompañaban el conde del Serrallo, los ayudantes Sres. Elorriaga y conde del Grove y el Sr. Zarco del Valle y que, entre las aclamaciones del público, se dirigió á la plaza del Alcázar, en donde se alza el monumento que había de inaugurarse.

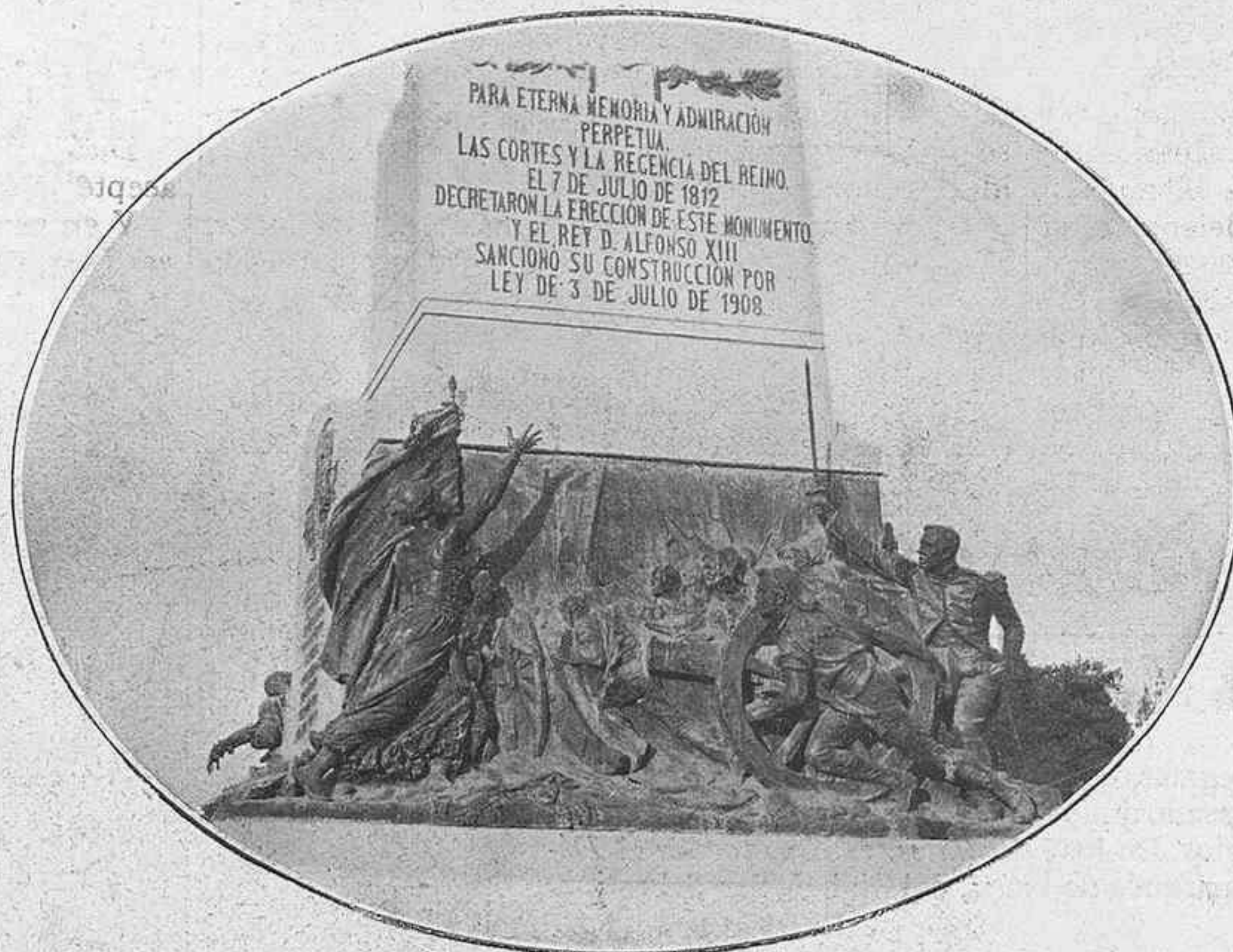
Colocados el monarca, la infanta y los invitados oficiales en la tribuna, comenzó el acto inaugural con un discurso del presidente de la comisión ejecutiva, general Fernández Grande, enalteciendo la memoria de Daoiz y Velarde y haciendo el elogio de cuantos han contribuido á la realización del monumento. El alcalde de Segovia pronunció breves frases y el Sr. Canalejas pronunció una elocuente oración asociándose en nombre del rey y del gobierno al solemne acto, enalteciendo la misión del ejército y excitando al pueblo á mantenerse unido á él para el afianzamiento de las instituciones y engrandecimiento y prosperidad de la patria.

Seguidamente S. M. descubrió el monumento, dándose entonces grandes vivas al rey, á España y al ejército, mientras las baterías disparaban salvas y las músicas tocaban la marcha real.

El rey, la infanta y los elementos oficiales estuvieron después admirando el monumento y las reales personas felicitaron al autor de éste, el notable escultor Sr. Marinas.

Terminado el acto encaminóse la comitiva al Alcázar para asistir á la ceremonia de la bendición de la capilla y luego al salón del trono, en donde Su

elocuentes frases en recordación de las hazañas de Daoiz y Velarde.



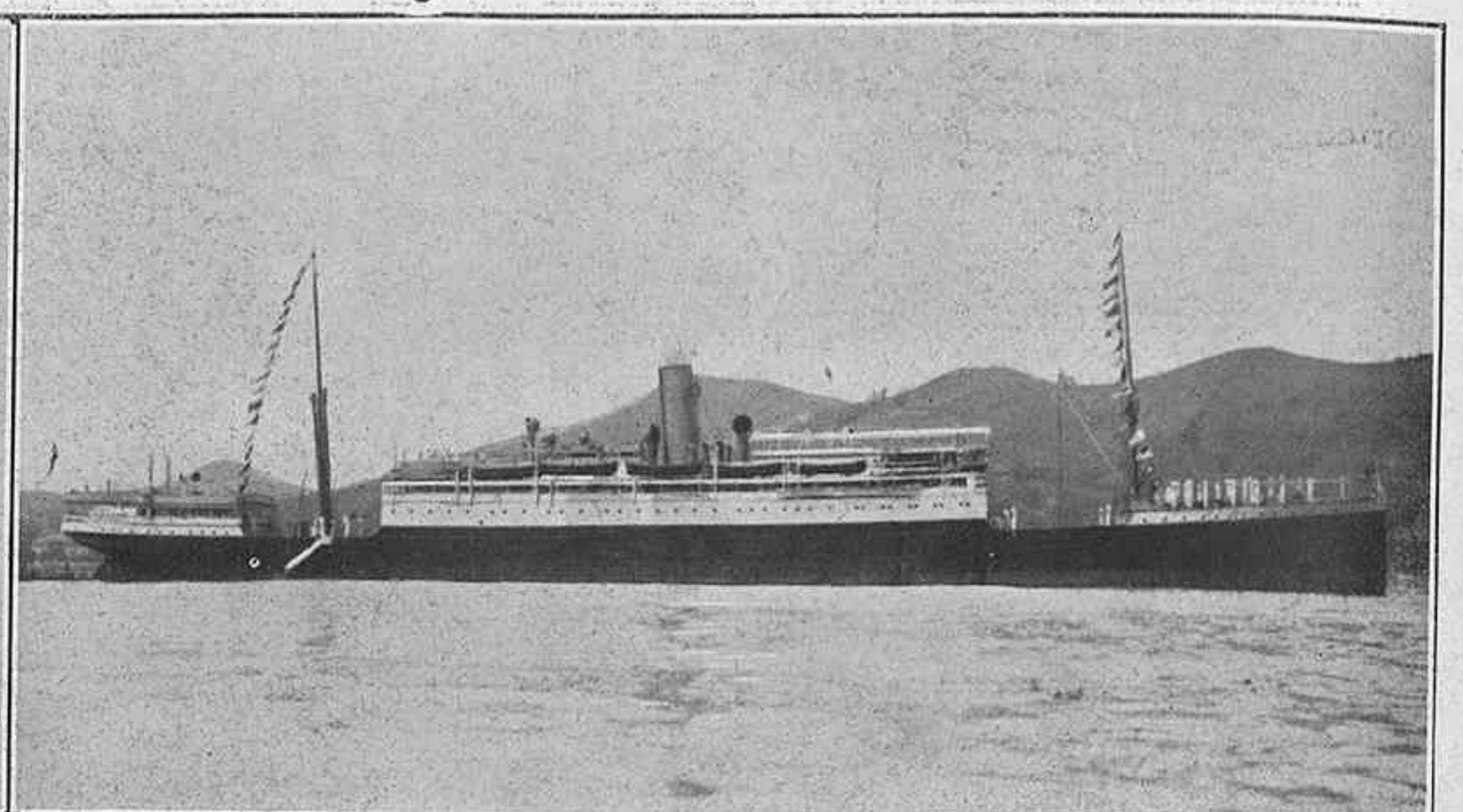
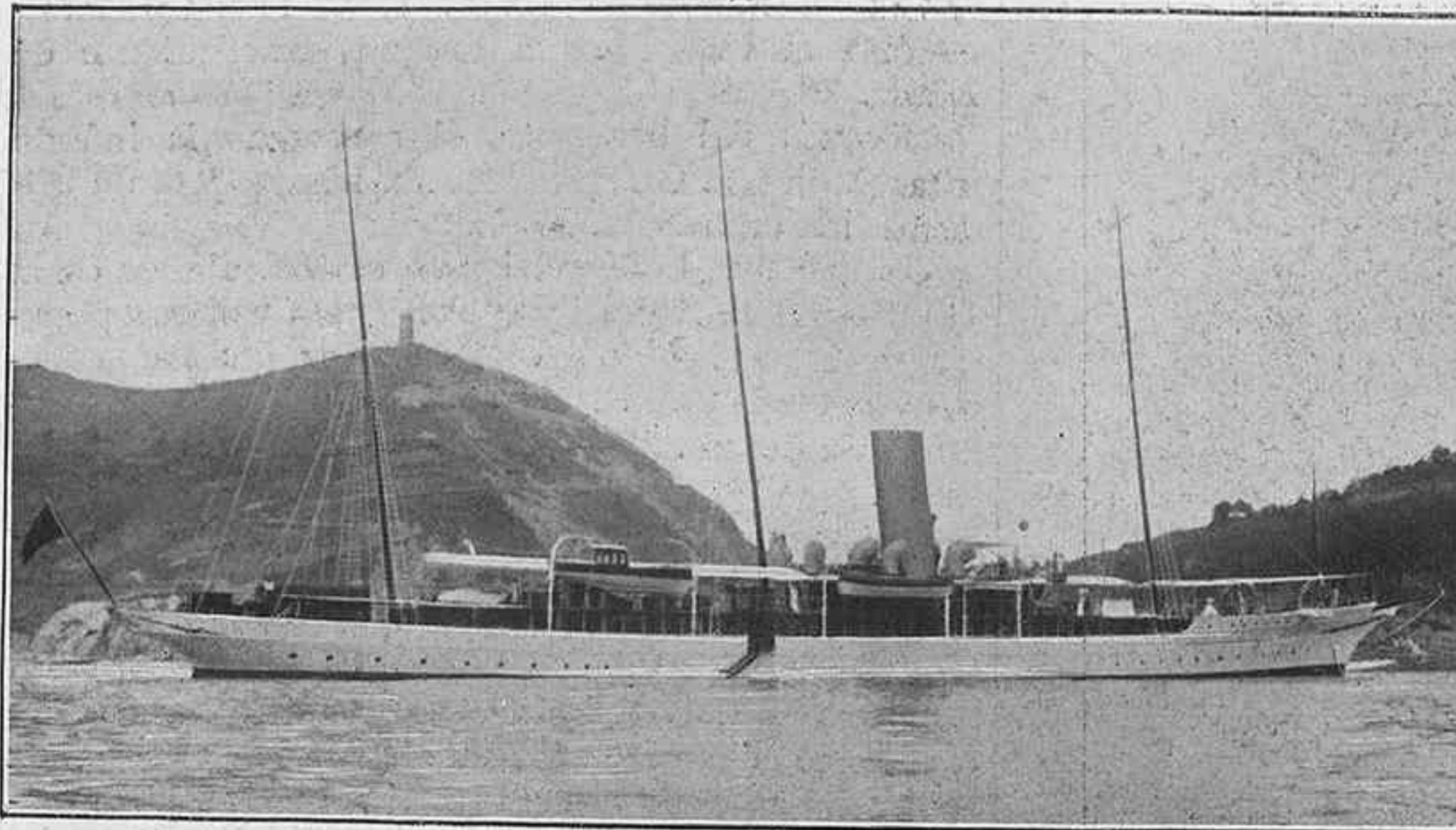
Relieve de la parte posterior del monumento



Los alumnos de la Academia de Artillería desfilando en columna de honor delante de S. M.

SAN SEBASTIÁN.—FIESTAS VERANIEGAS. (Fotografías de Frederic.)

Han comenzado en San Sebastián las fiestas con quince metros, la segunda para balandros de diez y ternational, lo obtuvo *Sogalinda II*, de Bilbao. que aquella hermosa y culta capital avalora durante la tercera para balandros de seis; fueron ganadas res- El balandro *Hispania*, pilotado por S. M. el rey



El yate real «Giralda» recientemente botado al agua.—El yate alemán «Kronprinzessin Cecilie, que ha llevado á San Sebastián varios turistas alemanes

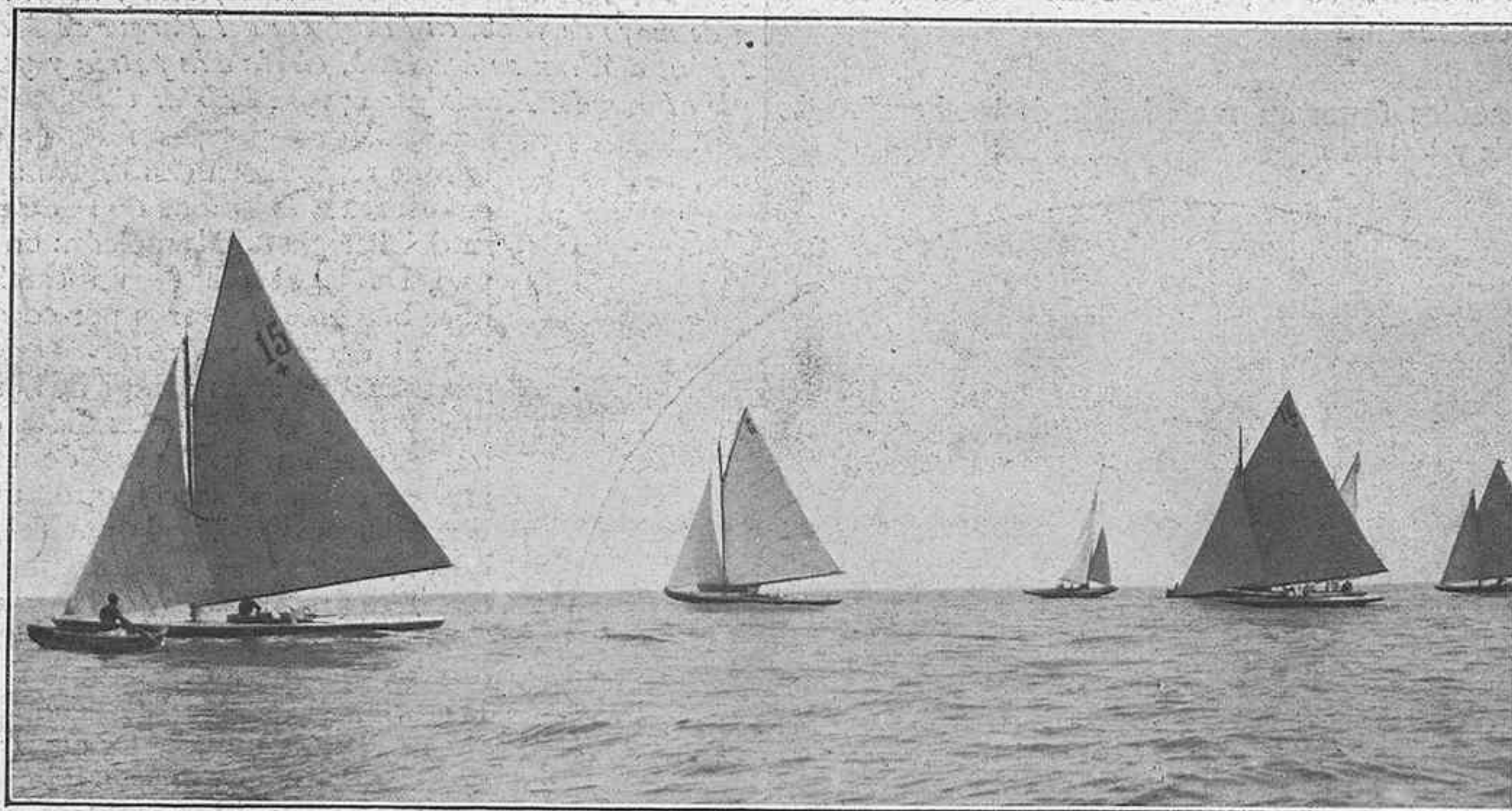
la estación veraniega los múltiples encantos de que la ha dotado la naturaleza y los grandes atractivos que le prestan el carácter de sus habitantes y las mejoras con que incesantemente la favorece una administración ejemplarísima.

pectivamente por *Encarnita*, provisionalmente, propiedad del marqués de Cubas; *Corza*, propiedad de S. M. el rey, y *Enia*, francés, de Arcachón. La Copa del marqués de Cubas la ganó definitivamente, el último día de las regatas, el *Hispania*, de S. M.

D. Alfonso XIII, ganó el primer premio de la regata para balandros de quince metros, cuyo recorrido era de quince millas.

La regata-crucero á Guetaria dió los resultados siguientes: serie de quince metros, primero *Hispania* y segundo *Encarnita*; serie de diez metros, primero *Sogalinda* y segundo *Corza*; serie de ocho metros, primero *Príncipe Alfonso* y segundo *Maitia*; serie de siete metros, primero *Sporting* y segundo *R. C. N.*; serie de seis metros, primero *Enia* y segundo *Clair de Lune*; y *sonderklases*, primero *Carmen* y segundo *Dóriga*.

La Copa de la Reina Cristina ganóla el balandro *Mi suegra*. El premio de Guipúzcoa y la copa del Gran Casino fueron para el *Hispania* y el *Bokarta* respectivamente.



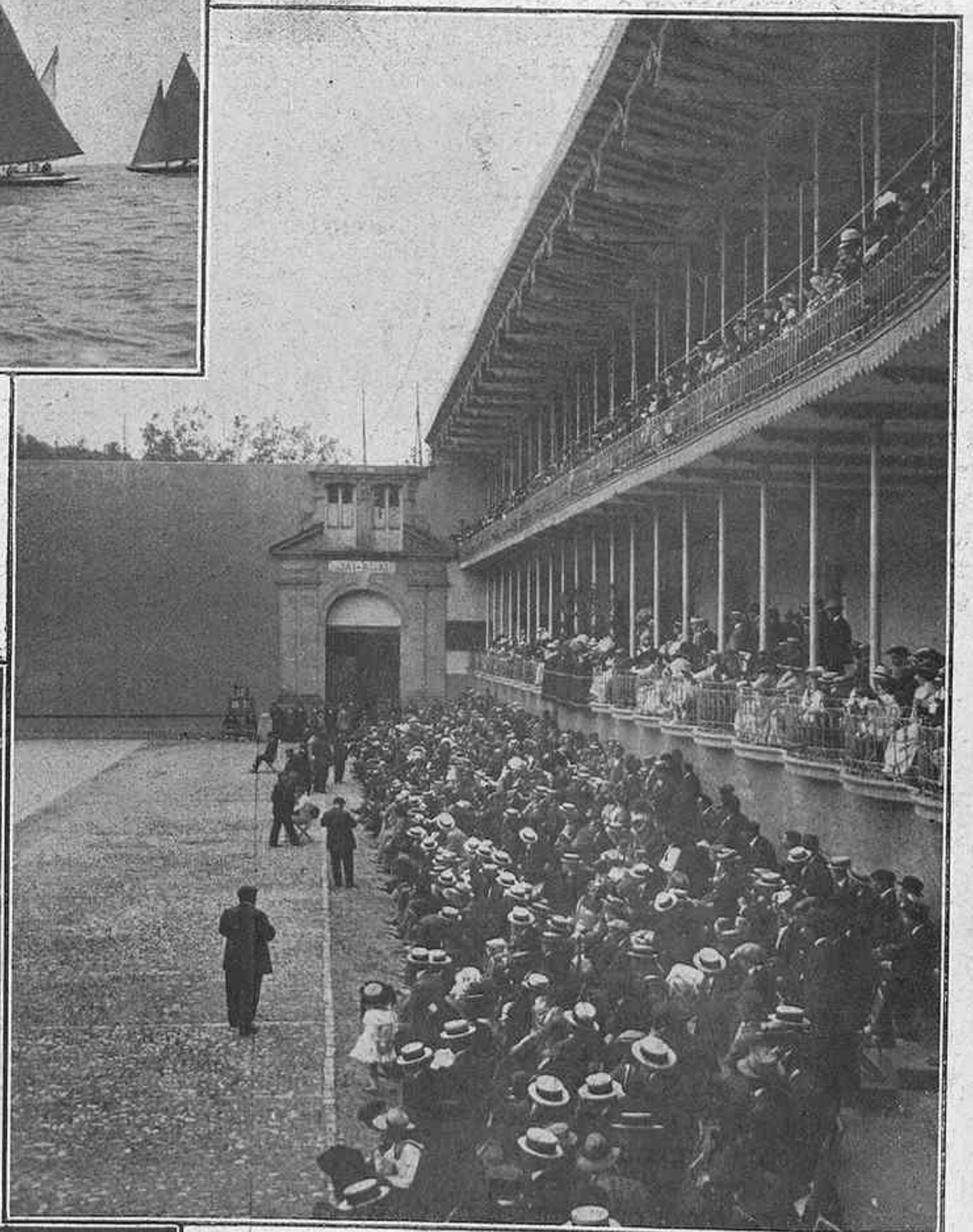
Regatas de balandros

Las primeras celebradas han sido las regatas, que se han efectuado desde el 10 al 18 del pasado julio y en las que se han disputado varios premios. En los dos primeros días corrióse la Copa del marqués de

En la regata de la Copa de la Liga Marítima, para yates *sonderklasse*, salió vencedor el *Dóriga*, del Club de San Sebastián.



SS. MM. á la entrada del frontón el día del partido de pelota á beneficio de la Asociación de la Prensa



El interior del frontón Jai Alai durante el partido de pelota á beneficio de la Asociación de la Prensa.

Durante la semana de las regatas permaneció unos días en San Sebastián el yate alemán *Kronprinzessin Cecilie*, que conducía á unos doscientos turistas alemanes.

A beneficio de la Asociación de la Prensa de San Sebastián celebróse en el frontón Jai Alai un partido de pelota, al que concurrieron SS. MM. D. Alfonso y Doña Victoria.—P.

Cubas, la de SS. AA. los infantes D. Fernando y doña María Teresa, la primera para balandros de

El premio de la Copa de Consolación para barcos antiguos asimilados á la nueva fórmula in-

VALENCIA.—LA CABALGATA DE LOS MERCADOS.—LA FIESTA DE «CHANTECLER»

Dos festejos se han celebrado últimamente en Valencia que con justicia han llamado la atención y merecido entusiastas aplausos: la cabalgata de los mercados y el festival de «Chantecler».

En la primera figuraron seis hermosos carros alegóricos y la carroza de las reinas de los mercados, unos y otra ejecutados por el distinguido artista valenciano Sr. Sanchis Aris. Los carros, en su mayoría profusamente adornados con flores, representaban: un arenque, una sandía, un cesto con uvas y avispas, una gran calabaza arrastrada por dos cisnes guiados por un conejo, una cesta con naranjas y granadas y unas langostas conduciendo un caracol marino y varios enseres de pesca. La carroza de las reinas tenía, en su base, la forma de una gran cesta con varias aves y en los extremos granadas, manzanas, uvas, melones y otras frutas; en la parte anterior había una tinaja de miel y varias abejas; detrás, las gradas en donde iban sentadas las reinas. Remataba la carroza un templete con pavos reales a los lados y el trono que ocupaba la reina de las reinas.

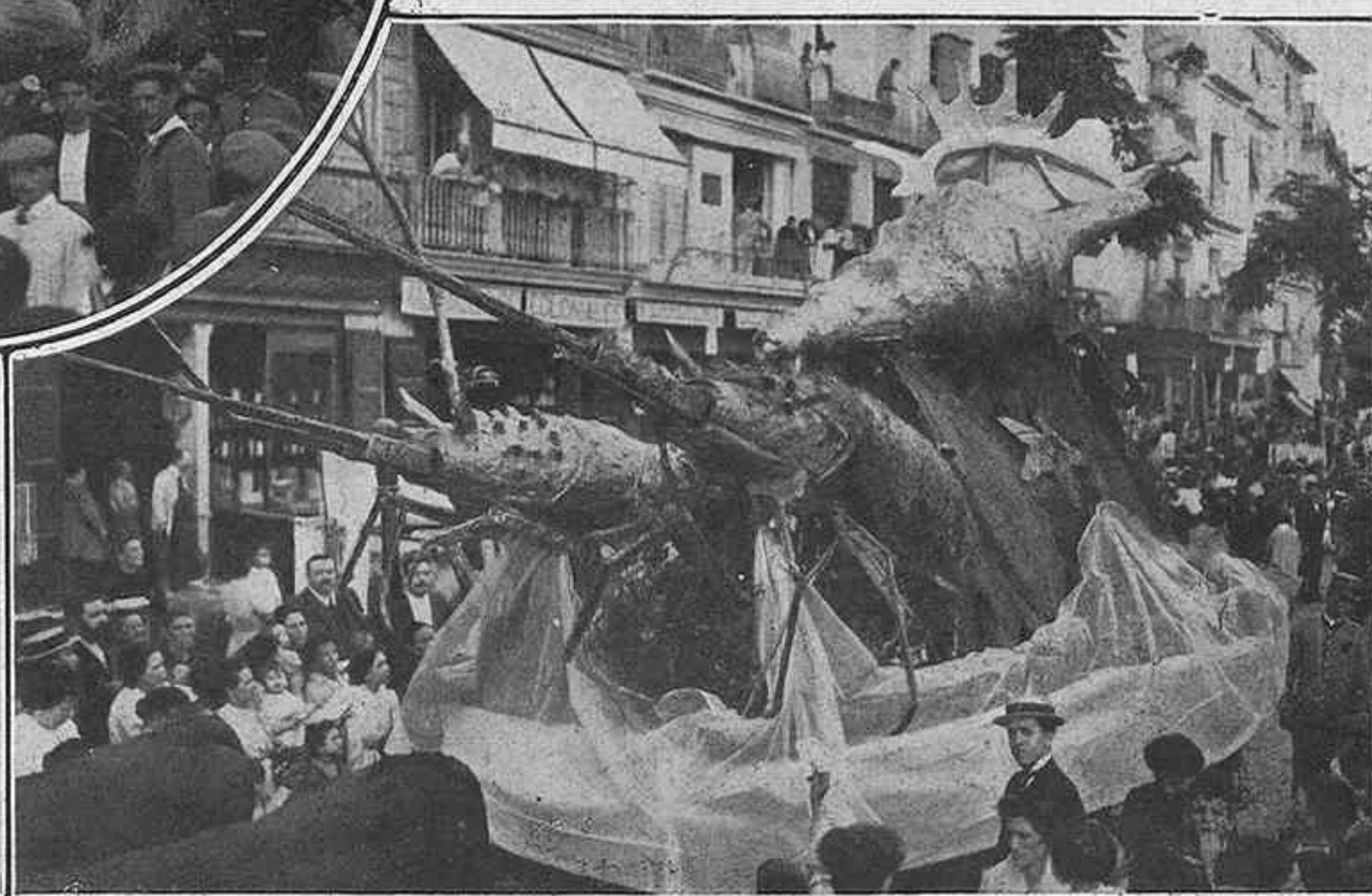
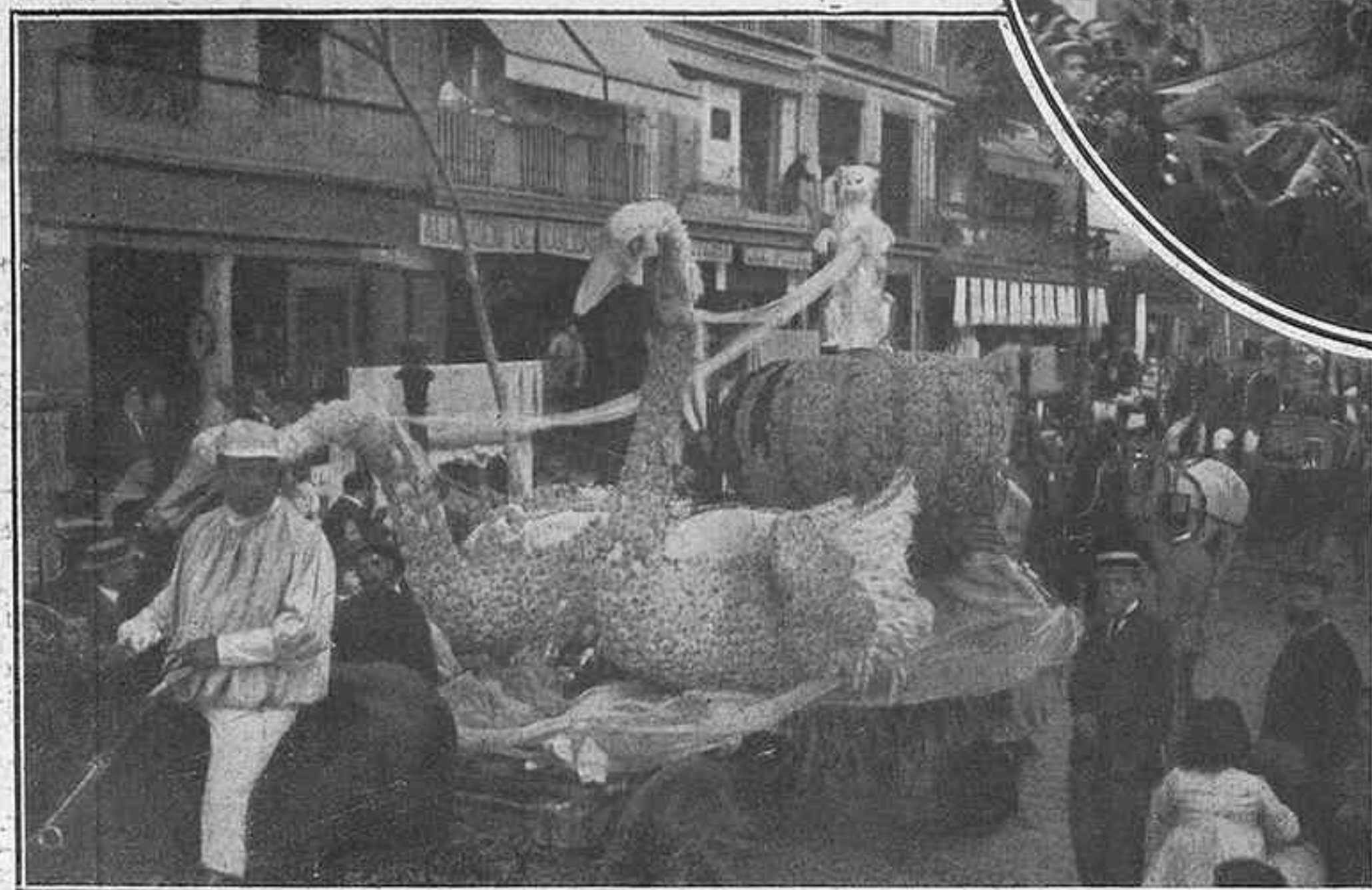
La cabalgata, en la que iban también los coches

Perro: señoritas Pascual (M. y J.)—*Cesto y pollos:* señoritas Pascual (C. y A.)—*Gallinas Guinea:* señoritas Rodríguez (E. y S.) y Vandenburg (A.)—*Cana-*

Belenguer (V. y M.) y Milió (Adelina).—*Canto al amor:* señoritas Mestre (M.), Guirles (M., L. y T.) y Cano (Amparito).—*Cesto y pavos:* señorita Quiles.—*Pavo real:* señoritas Arnau y Roig.—*Cesto y pajaritos:* señoritas Ribas, Roig y Martín.—*Chantecler y la Faisana:* señoritas Oliver.—*Espantapájaros:* señoritas Adelantado (P.) y Cortina (E.)—*La Pintada:* señoritas Bolinches, Adelantado, Chirivella y Cortina.—*Liebres:* señoritas Sempere (C., P., E. y E.)—*Verderones:* señoritas Deleito (E. y L.) y Gutiérrez (L. y J.)—*Carrito jardín:* señoritas López (J. y M.)—*Setas:* La Fornarina y camarista.—*Carroza alegórica:* las reinas de los mercados señoritas Escolano, Martínez, Bauzá, Durá y Molada.—*La regadera:* cuatro niños.—*Nocturnos:* tres niños.

Todas las señoritas que ocupaban las carrozas vestían trajes adecuados a lo que éstas representaban y a los adornos de las mismas.

Las carrozas habían sido construidas bajo la dirección de reputados artistas que supieron interpretar admirablemente los personajes con tanto ingenio llevados a la escena por el poeta francés y armonizar



La cabalgata de los mercados.—Carroza de las reinas. (De fotografía de V. Barberá.)—Cisnes arrastrando una calabaza.—Carroza de los mariscos. (Fotografías de F. Moya.)

de la comisión y algunas bandas de música, recorrió las principales calles de la ciudad y se disolvió frente al Palacio Municipal de la Exposición.

El festival de «Chantecler» se celebró en la Gran Pista de la Exposición en honor de la colonia francesa y como homenaje al ilustre poeta Edmundo Rostand, y consistió en el desfile de 26 carrozas que, distribuidas en cuatro grupos, sintetizaban los cuatro actos de la tan discutida comedia: «La tarde de la Faisana;» «La mañana del Gallo;» «El día de la Pintada;» y «La noche del Ruisenior.»

He aquí la relación de las carrozas con los nombres de las señoritas que las ocupaban:

Programa: señoritas Platón (R. y M.)—*Nido:* señoritas Senent, Carrasco, Palanca y Ferrero.—*Faisana:* señorita Sanjuán.—

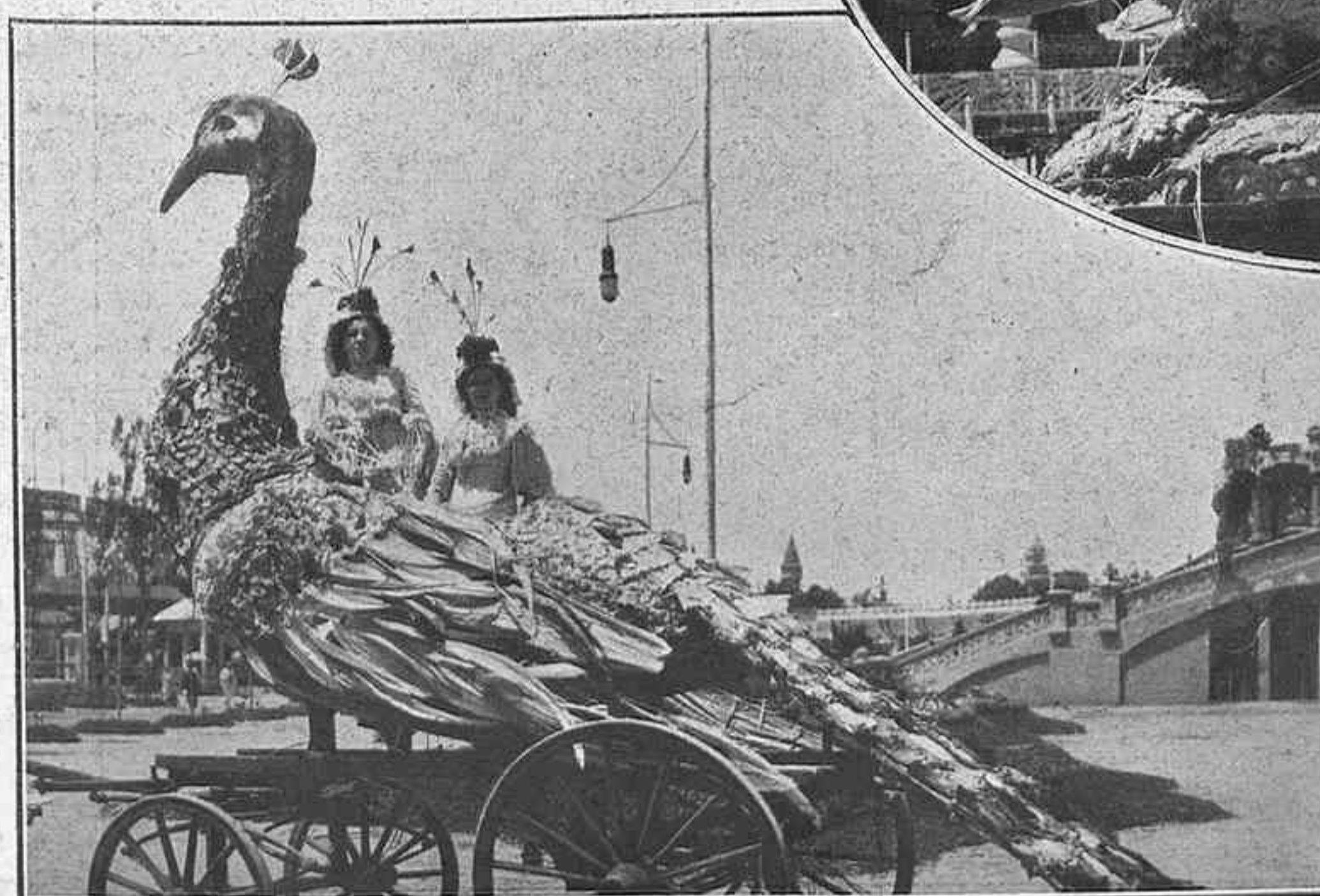
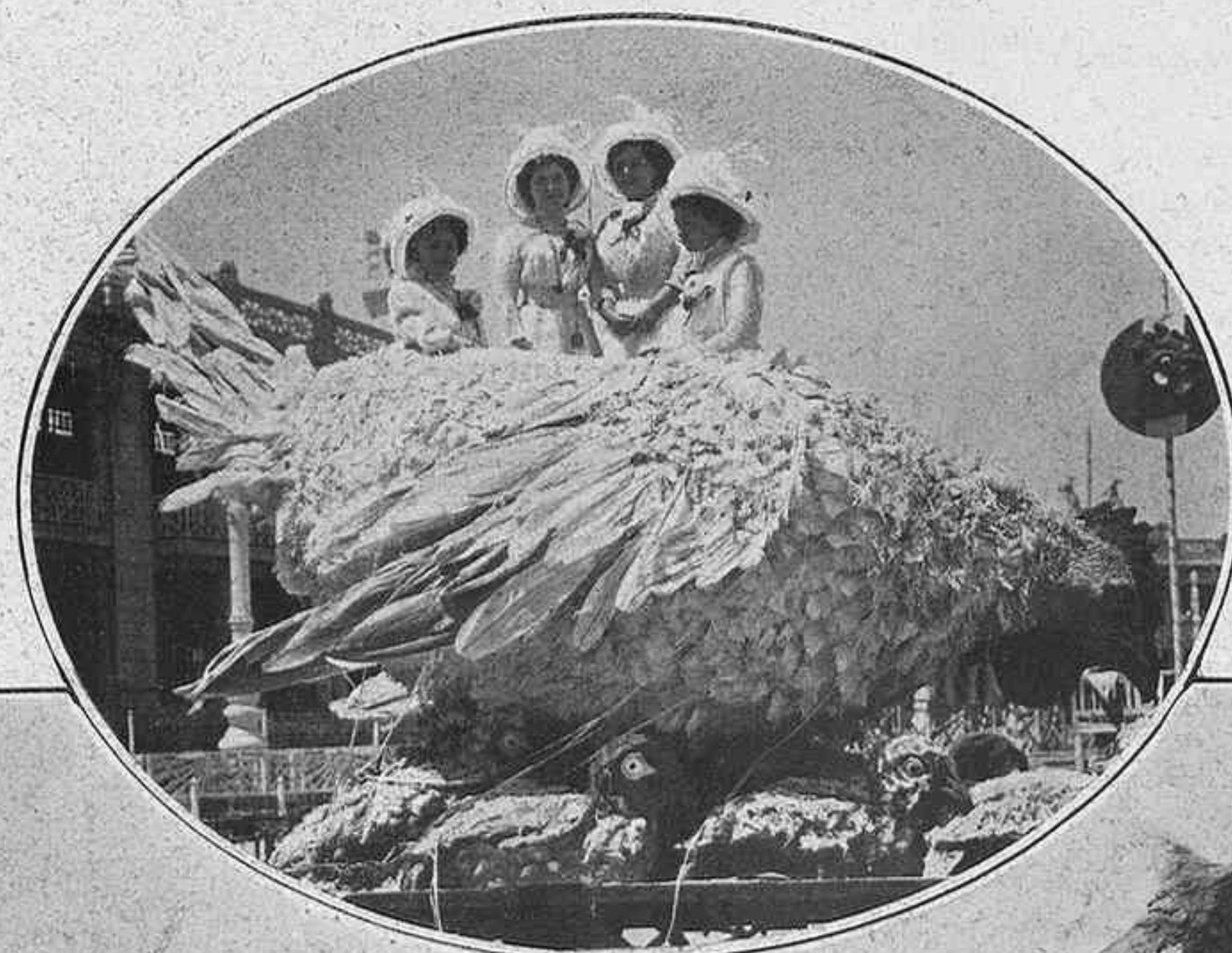
rios: señoritas Marcarós, Burguete y Fornals.—*Pavo común:* señoritas Oliver (A. y M.)—*Chueca:* señoritas Aura, Benedito y Medrano.—*Dos patos franceses:* señoritas Arnau y Martínez.—*Pato y patitos:* señoritas Sanjuán (M. y J.)—*Martín pescador:* señoritas

con ellos los elementos decorativos que completaban las representaciones de los respectivos animales, consiguiendo bellísimos efectos.

La cabalgata dió una vuelta a la Gran Pista de la Exposición, que estaba ocupada por numerosa y distinguida concurrencia, siendo saludada la presentación de cada carroza con grandes y entusiastas aplausos.

Después hubo batalla de confetti y serpentinas, que estuvo animadísima, cruzándose durante largo rato enorme cantidad de proyectiles entre las señoritas que ocupaban las carrozas y los espectadores que llenaban completamente las sillas y las tribunas.

El festival de «Chantecler» fué, en suma, un espectáculo que, así por la originalidad de la idea, como por el arte y buen gusto de su realización, mereció unánimes é incondicionales elogios.—T.

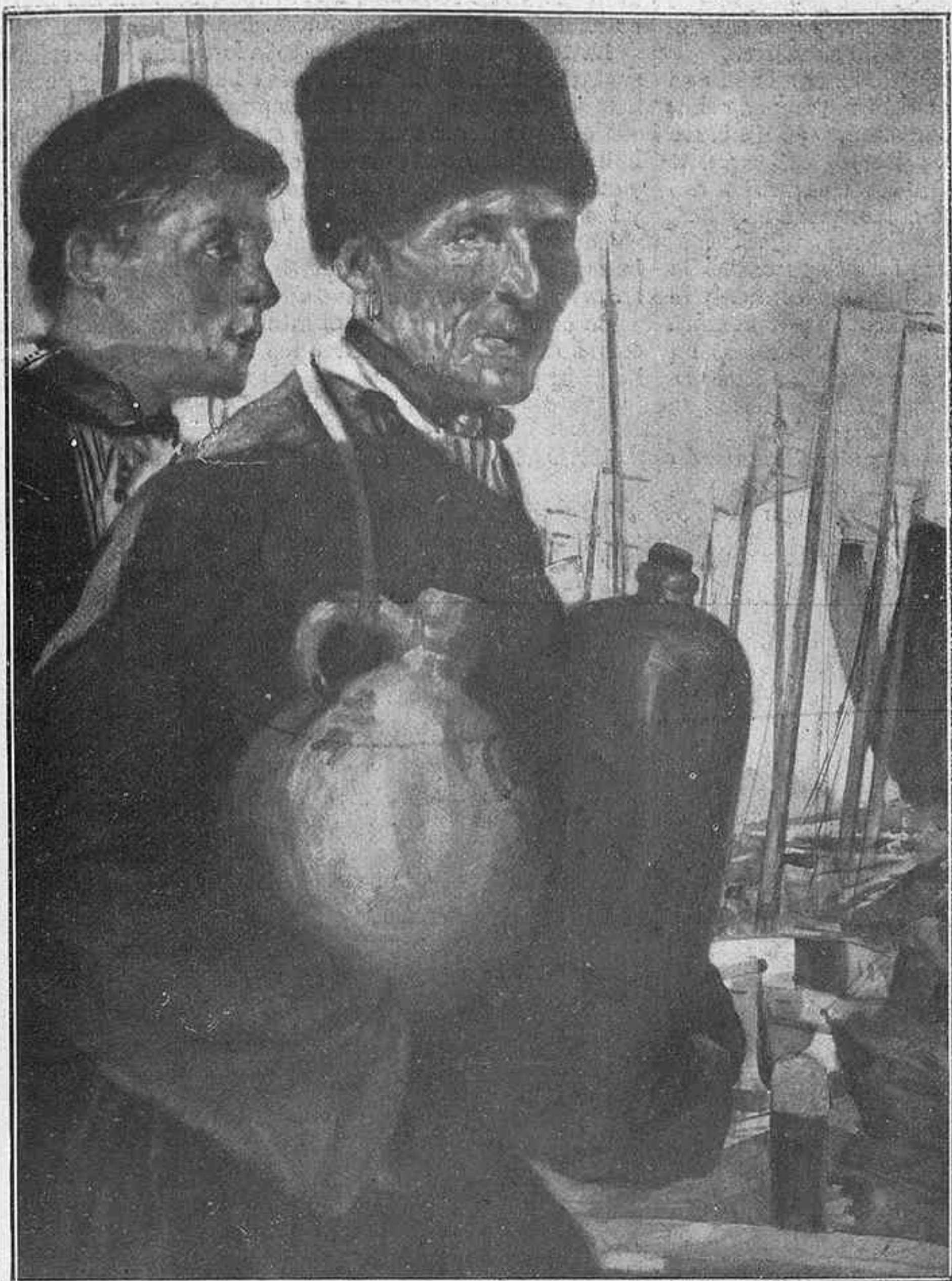


La fiesta de «Chantecler.»—La clueca.—El pavo real.—El gallo y la faisana. (De fotografías de V. Barberá.)



DON QUIJOTE Y LOS GALEOTES, cuadro de J. H. Jurrés

OBRAS DEL NOTABLE PINTOR ESPAÑOL MANUEL BENEDITO



Pescadores de Volendam



Vieja holandesa. (Cuadro propiedad del Sr. Bauer.)

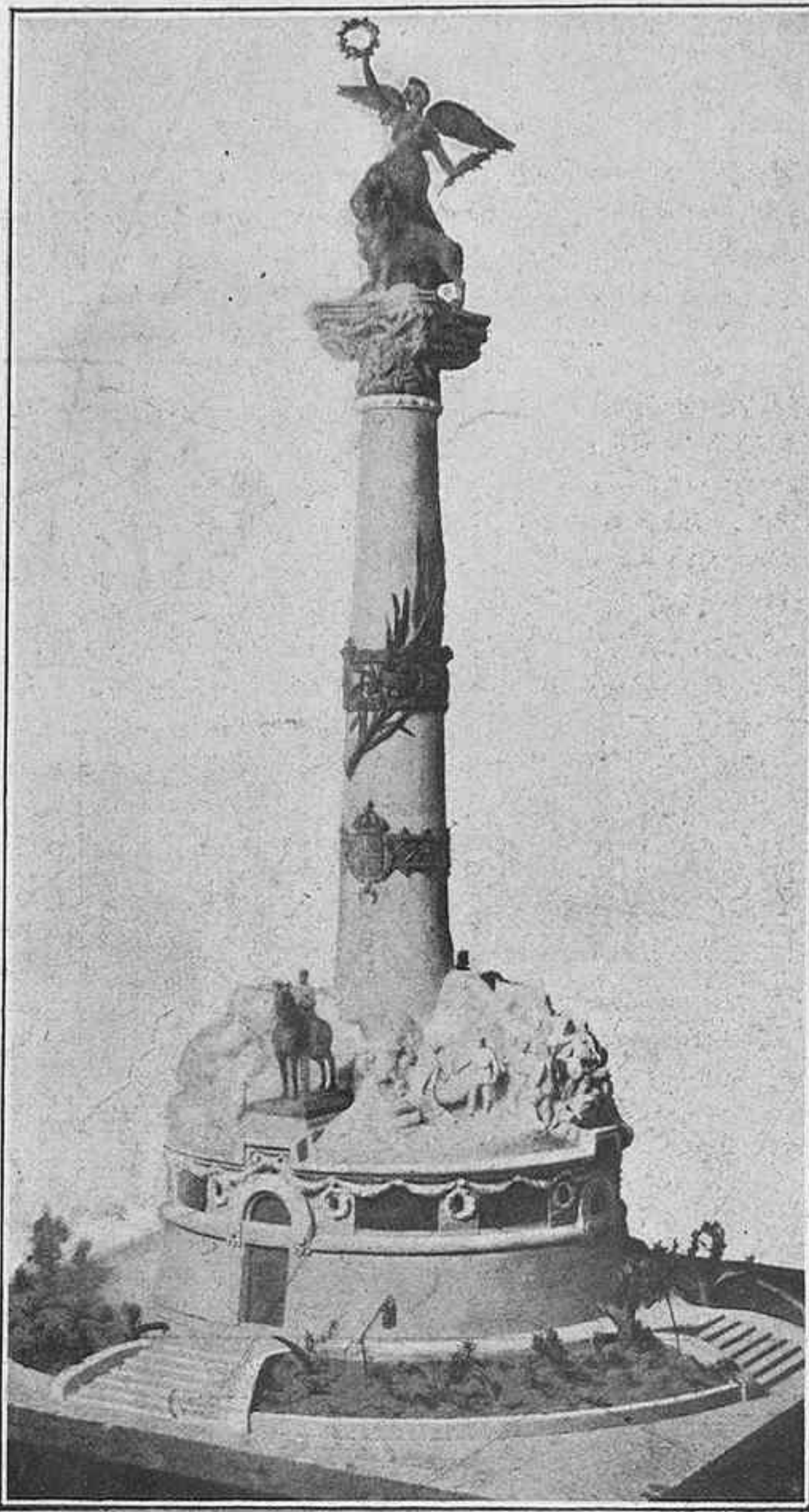


Costumbres holandesas.-Sábado en Volendam

BARCELONA

MONUMENTO Á LAS GLORIAS ESPAÑOLAS

En la tarde del 23 del mes próximo pasado, efectuóse el acto de colocar la primera piedra del monumento que ha de erigir-



Boceto del monumento á las glorias del ejército español en las guerras de Africa de 1860 y 1909, ejecutado por el escultor Sr. Fuxá con arreglo al proyecto del arquitecto D. Augusto M.^a Font.

se en la plaza de Tetuán y que está destinado á conmemorar las glorias del ejército español en las campañas de Africa de 1860 y de 1909.

Desde mucho antes de la hora señalada para la ceremonia había en la citada plaza gran muchedumbre situada detrás de las cuerdas que cercaban el sitio destinado á los invitados y á las fuerzas que habían de rendir los honores al Excmo. Señor capitán general, quien había de presidir el acto en representación de S. M. el rey.

A las cinco y media llegó una compañía de Alcántara, con bandera y música, encargada de tributar los honores, y luego

catalanes, de los diez y siete sobrevivientes que tomaron parte en la guerra de 1860, y al otro lado quince antiguos soldados en representación de los que viven en Cataluña y que asistieron á las operaciones entonces llevadas á cabo en Africa.

Comenzó el acto leyendo el secretario de la comisión una memoria explicativa de los trabajos por ésta llevados á cabo; después el presidente de la misma, Sr. Pallardó, leyó un breve discurso enalteciendo á los héroes que murieron gloriosamente en las guerras de 1860 y 1909; y uno de los voluntarios dió lectura de un sentido escrito que terminó con un ¡viva España!, que fué unánimemente contestado.

El Sr. Roig y Bergadá, en elocuentes frases, patentizó la conveniencia de actos como el que se estaba celebrando y la necesidad de conmemorar las glorias alcanzadas por nuestro ejército en ambas campañas y se asoció con entusiasmo, en nombre del Ayuntamiento á la idea de la comisión ejecutora al querer recordar con el monumento las páginas gloriosas que habían escrito nuestros soldados en la historia patria.

Finalmente, el general Weyler recordó el valor demostrado por los voluntarios catalanes en la batalla de Tetuán y la arenga que les dirigió el general Prim antes de tomar la última trinchera.

En la alegoría de 1909 aparece el general Marina, á caballo también, en el centro de dos grupos, la toma del Gurugú y los actos de sumisión de los moros.

La decoración del basamento la formarán bajorrelieves representando hechos históricos y los bustos de los generales que más se distinguieron en ambas guerras.

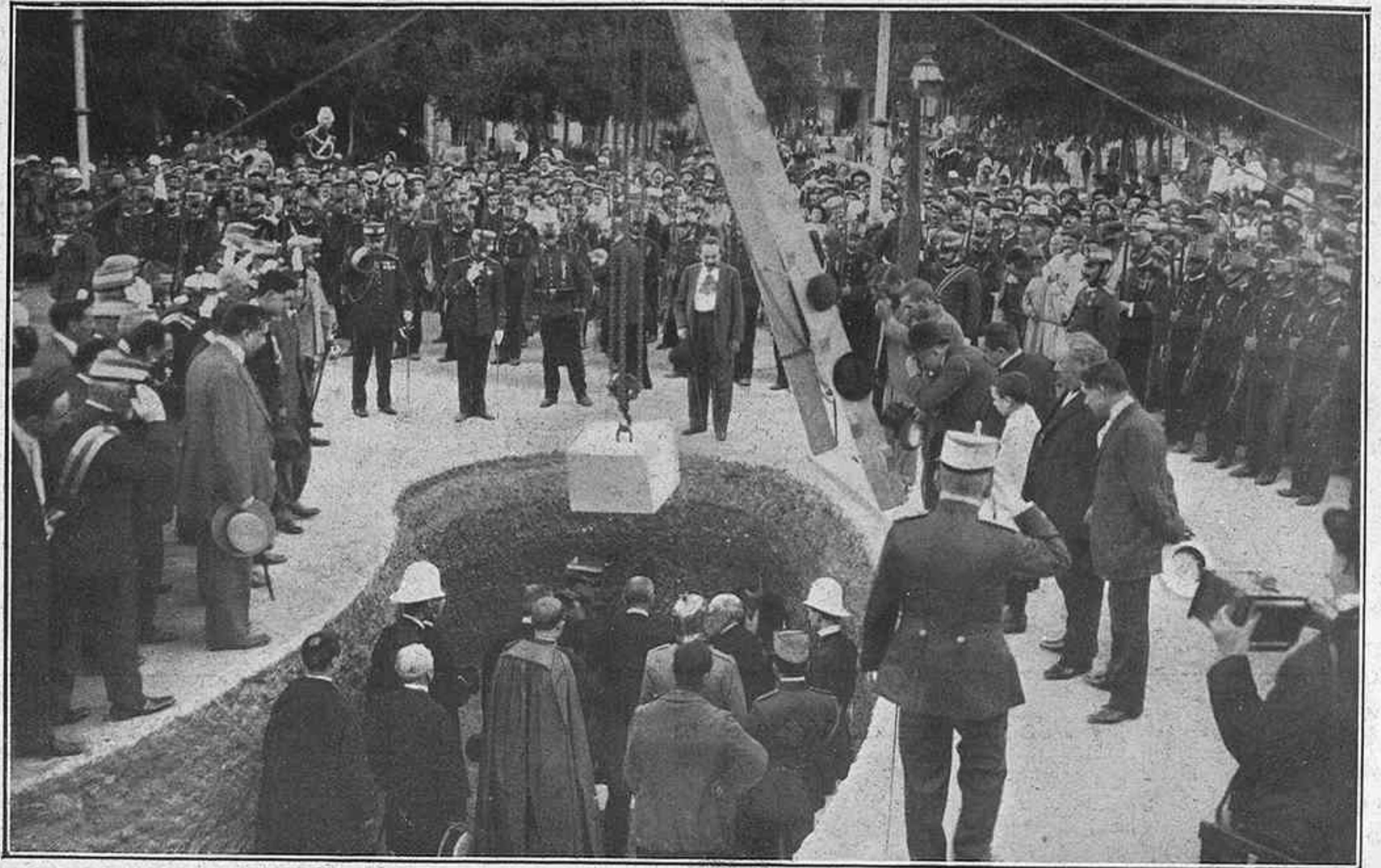
Forma la parte ornamental de la columna un aro en que se halla combinado el escudo de España con los de las provincias y otro con medallas conmemorativas que determinan la fecha y las dinastías de D.^a Isabel II y D. Alfonso XIII.

Compone la decoración del capitel, cabeza de la columna, la representación del Ejército y la Marina en sus diferentes armas y cuerpos facultativos.

La cripta que encierra el interior del cuerpo del basamento estará destinada á contener los restos de los héroes de aquellas campañas.

MEDALLA DE LA SOCIEDAD ASTRONÓMICA

Esta sociedad, que para el corto tiempo de su existencia cuenta ya con gran número de socios, entre los que figuran los



Barcelona.—Colocación de la primera piedra del monumento que ha de erigirse en la plaza de Tetuán para conmemorar las glorias del ejército español en las guerras de Africa de 1860 y 1909. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

Terminados los discursos, que fueron muy aplaudidos, y firmada el acta, autoridades é invitados se dirigieron á la zanja en donde había de colocarse la primera piedra y en el hueco que ésta había de ocupar echaron paletadas de argamasa el capitán general y otras personalidades, mientras la tropa presentaba armas y las músicas ejecutaban la Marcha Real.

El monumento, cuyo boceto, obra del escultor Sr. Fuxá, reproducimos adjunto, se ejecutará con arreglo al proyecto del arquitecto D. Augusto M.^a Font, premiado por el Ayuntamiento en 1874.

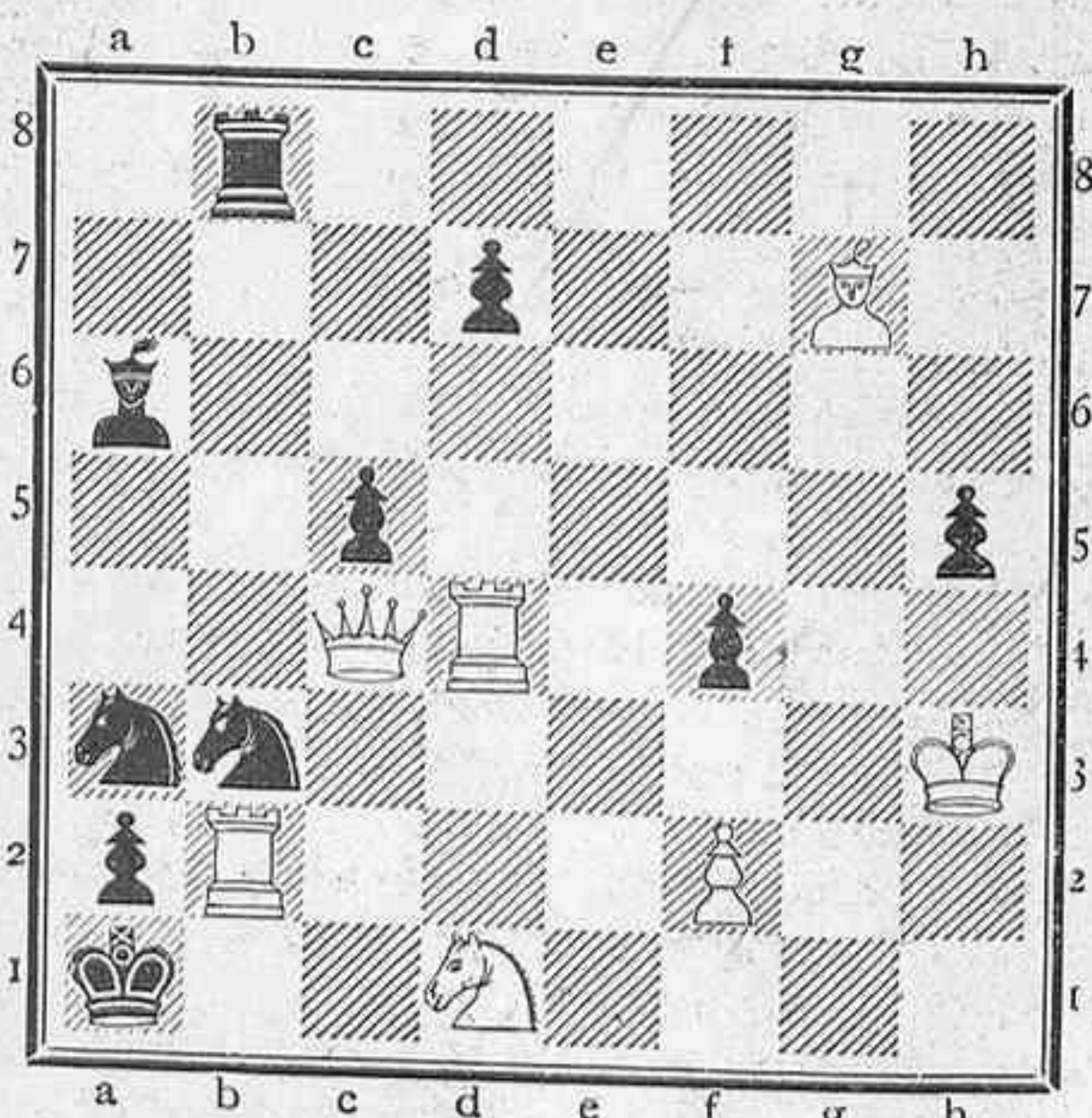
que han podido dar muestras inequívocas de su competencia, ha acuñado la bonita medalla alegórica que reproducimos, modelada con facilidad y buen gusto por el reputado escultor Dionisio Renart, ventajosamente conocido por sus trabajos de carácter ornamental y decorativo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 548, POR V. MARÍN

Dedicado á Th. v. Scheve

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 547, POR V. MARÍN

Blancas.

Negras.

- 1. D e 8 - b 8
- 2. A b 3 - c 4 jaque.
- 3. D ó C mate.

- 1. C f 7 - d 6
- 2. Cualquiera.

VARIANTES.

- 1.... f 5 x g 4; 2. A b 3 - a 2, etc.
- 1.... f 5 - f 4; 2. D b 8 x f 4, etc.
- 1... C f 7 - e 5; 2. D b 8 x e 5, etc.
- 1... Otra jug.^a; 2. D b 8 - f 4 ó A b 3 - a 2, etc.



Medalla conmemorativa de la fundación de la Sociedad Astronómica de Barcelona, obra del escultor Dionisio Renart

el general Weyler que fué recibido á los acordes de la Marcha Real y que, después de revistar la fuerza, pasó á ocupar la presidencia, acompañado de varios generales y de comisiones de jefes y oficiales de todos los cuerpos de la guarnición. Momentos después, llegaron el alcalde Sr. Roig y Bergadá, el secretario del Gobierno civil Sr. Dfe y Mas, en representación del Señor gobernador civil, el Ilmo. Sr. Dr. Laguarda, obispo de la diócesis, y el Sr. barón de Bonet, rector de la Universidad. En la parte derecha del estrado hallábanse once voluntarios

Sobre el capitel de la columna se destacará la estatua de la Gloria coronando á la Patria, simbolizada por el León español. Se conmemoran en este monumento la guerra de 1860 y la de 1909, y estarán representadas por medio de la estatuaria en la base de la columna.

El general O'Donnell se destaca, á caballo, entre el grupo del general Prim en el acto de asaltar las trincheras al frente de los voluntarios catalanes. Estará también representada la escena de la firma de la paz.

EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO

NOVELA ESCRITA POR GASTÓN LEROUX. — ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

—Como nadie puede afirmar nada, todo parece posible..., contesté.

El tío Santiago dijo:

—También se le ha ocurrido eso al juez, y ha hecho registrar el colchón. Resultado: que tuvo que reirse de su ocurrencia como en este momento se está riendo su amigo de usted, pues el tal colchón no era de doble fondo... Y, además, de haber habido un hombre en el colchón, ya lo hubiéramos visto...

También yo tuve que reirme, y, en efecto, desde entonces adquirí la prueba de que mi dicho resultaba absurdo. Pero, ¿dónde comenzaba y dónde acababa lo absurdo, en semejante asunto?

Únicamente mi amigo era capaz de decirlo...; aunque quizá no.

—Oiga, exclamó el reportero, que seguía bajo la cama, esta estera ha sido muy removida...

—Por nosotros, señor, explicó el tío Santiago. Como no dimos con el asesino, nos preguntamos si no había un agujero en el piso...

—No hay ninguno, contestó Pepe. ¿Hay bodega en este pabellón?

—No, no la hay. Pero no por eso hemos dejado de buscar, y también el señor juez de instrucción, y, sobre todo, su actuario, quienes han visitado tabla por tabla el entarimado, como si hubiese habido bodega debajo...

En esto reapareció el reportero. Sus ojos brillaban, las aletas de su nariz palpitaban, parecía un joven perro de raza, de vuelta de feliz acecho... Se quedó á gatas, como estaba. En verdad, no podía yo compararlo mejor, en mi pensamiento, que con un admirable perro de caza siguiendo la pista de alguna pieza... Husmeó los pasos del hombre, del hombre que se había él jurado de llevarle á su amo, al señor director de *l'Epoque*, pues no hemos de olvidar que nuestro Pepe Ruedelabola era periodista...

En tal postura se fué á los cuatro rincones de la habitación, oliéndolo todo, dando vueltas alrededor de todo, de todo lo que veíamos, que no era mucho, y de todo cuanto no veíamos, que, según él, era inmenso.

La mesa lavabo era una simple tabla sobre cuatro pies: imposible transformarla en un escondrijo... Ni siquiera un armario: la señorita Matilde tenía su ropa en el castillo.

La nariz, las manos de Ruedelabola subían á lo largo de las paredes, las cuales eran, por todas partes, de ladrillo espeso. Ya que hubo terminado con las paredes y paseando sus ágiles dedos por toda la superficie del papel amarillo, llegando así al techo, que también tocó, subiendo sobre una silla colocada sobre el lavabo, y paseando por la pieza aquella ingeniosa escalera; ya que hubo terminado con el techo, en donde examinó minuciosamente la huella de la otra bala, se acercó á la ventana, y allí, se puso á observar la reja y los postigos, todos ellos fuertes é intactos. Por fin se mostró satisfecho y declaró que, ahora ya estaba tranquilo.

—¡Ya habrá usted podido darse cuenta de lo bien encerrada que estaba, la pobre querida señorita, cuando nos la estaban asesinando, cuando nos pedía socorro!..., gimió el tío Santiago.

—Sí, contestó el joven reportero, enjugándose el sudor que bañaba su frente..., el Cuarto Amarillo estaba cerrado como una caja de caudales...

—En verdad, observé, que este es el misterio más sorprendente de cuantos conozco, aun en el dominio de la imaginación. En el «Doble asesinato de la calle

Morgue,» Edgardo Poe no ha inventado nada semejante. El lugar del crimen estaba lo bastante cerrado para no dejar escapar á un hombre, pero aún había aquella ventana por la cual podía deslizarse el autor

el *Animalito de Dios*; todas las noches va á rezar sobre la tumba de Santa Genoveva, y nadie se atreve á hacerle nada, por miedo á que la tía Arrodillada haga mal de ojo.

—¿Qué tamaño tiene, el tal *Animalito de Dios*?

—Así como un perro zarcero de los mayores..., le digo á usted que es un monstruo. Más de una vez me he preguntado si no ha sido él el que ha plantado sus zarpas en la garganta de la señorita... ¡Pero el *Animalito de Dios* no gasta zapatos, no dispara tiros de revólver y no tiene manos como esa!..., exclamó el tío Santiago designándonos la mano roja de la pared. Además, hubiera sido visto, lo mismo que un hombre, y hubiera estado encerrado en el cuarto y en el pabellón, lo mismo que un hombre...

—Claro que sí, dije. Antes de ver el *Cuarto Amarillo*, también yo me había preguntado si el gato de la tía Arrodillada...

—¿También usted?, exclamó Pepe.

—¿Y usted?, le pregunté.

—Yo, no, ni siquiera por espacio de un minuto... Desde que leí el artículo del *Matin sé que no se trata de un animal*. Ahora, juro que ha ocurrido aquí una espantosa tragedia... Pero, nada dice usted de la boina ni del pañuelo que han sido hallados, tío Santiago.

—Los ha cogido el magistrado, contestó con vacilación el interpelado.

El reportero le dijo, muy gravemente:

—Yo no he visto ni la boina ni el pañuelo, y, no obstante, puedo decirle á usted cómo son.

—Muy vivo es usted...

Y el tío Santiago tosió inquieto.

—El pañuelo es un pañuelo de tela basta, azul con rayas encarnadas, y la boina es una boina vieja como las que usan los vascos, en todo semejante á la que usted lleva, añadió Pepe señalando la que cubría la cabeza del tío Santiago.

—En efecto, así es..., es usted brujo...

Y el tío Santiago trató de reír, mas no pudo conseguirlo.

—¿Cómo sabe usted que el pañuelo es azul con rayas encarnadas?

—Porque de no haber sido azul con rayas encarnadas, no se habría hallado pañuelo alguno.

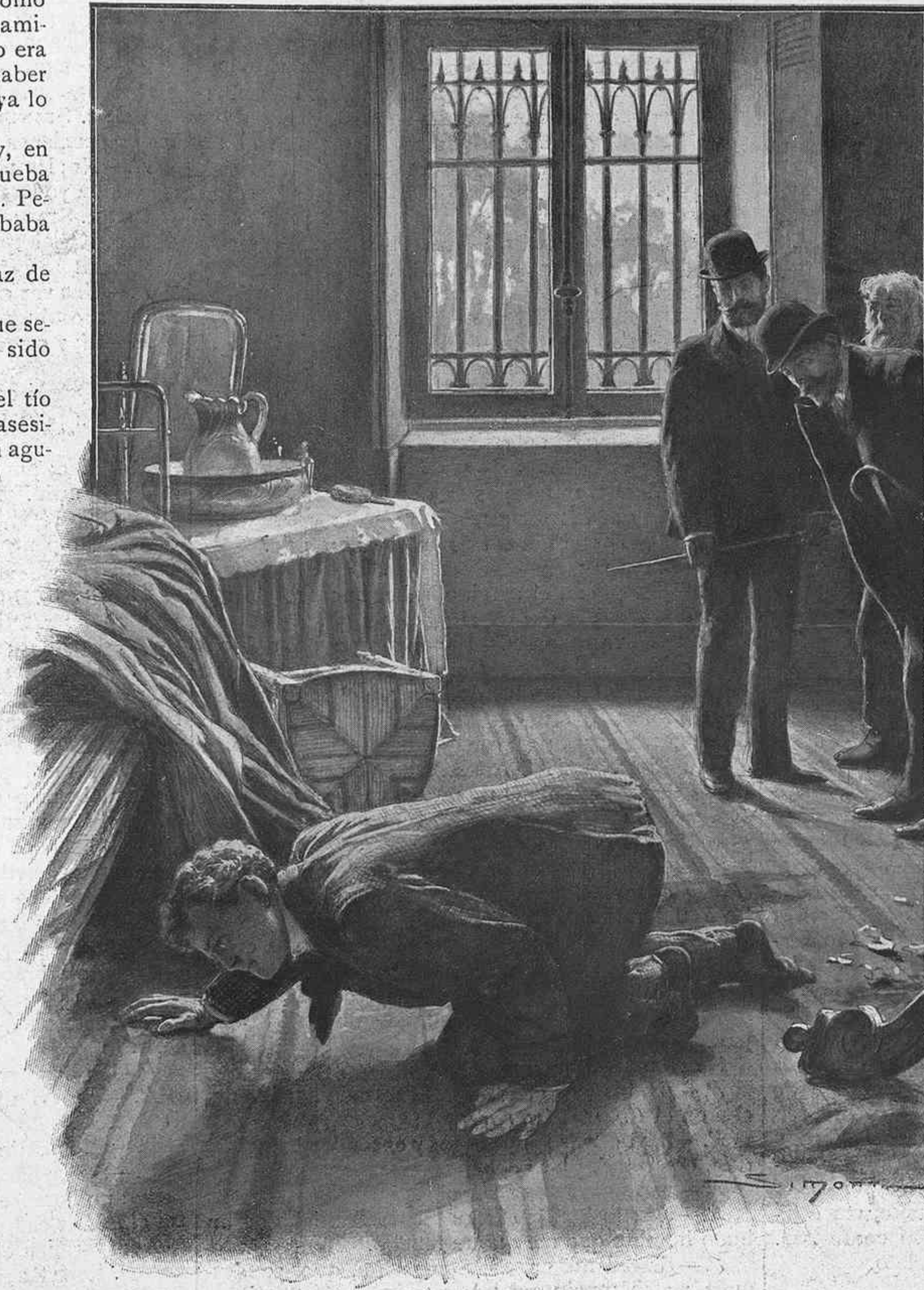
Sin ocuparse más del tío Santiago, mi amigo sacó de su bolsillo un pedazo de papel blanco, abrió unas tijeras, se agachó sobre las huellas de los pasos, y comenzó á recortar. De esta manera consiguió una suela de papel cuyo contorno tenía gran precisión, y me la dió, pidiéndome que no la perdiera.

Después se volvió hacia la ventana, y designando al tío Santiago Federico Larsán que no se apartaba de las orillas del estanque, preguntó si el policía había examinado también el *Cuarto Amarillo*.

—No, contestó Roberto, quien, desde que Pepe le dió el papelito medio tostado, no había pronunciado una palabra. Pretende que no necesita ver el *Cuarto Amarillo*, que el asesino ha salido del *Cuarto Amarillo* de una manera muy natural, y que esta noche dirá su parecer sobre esto.

Al oírle decir tales cosas á Roberto, Pepe, cosa rara, palideció.

—¿Estará Larsán en posesión de la verdad que no hago yo más que presentir?, murmuró. Larsán es muy



Y, flexible como una culebra, se deslizó bajo la cama. (Véase la página 485.)

de los asesinatos, el cual era un mono (1)... Pero, aquí, no puede tratarse de ninguna abertura de ningún género. Cerrados como estaban, ventanas y postigos, y cerrada también la puerta como sabemos, una mosca no podía entrar ni salir.

—¡En verdad, en verdad!, asintió Pepe, que seguía enjugándose la frente, pareciendo sudar menos por el esfuerzo realizado que por la agitación de sus pensamientos. ¡En verdad!, es un misterio muy grande, muy hermoso y muy curioso...

—Ni siquiera el *Animalito de Dios*, refunfuñó el tío Santiago, ni siquiera el *Animalito de Dios*, aun cuando fuera él el autor del crimen, hubiera podido escaparse... ¡Escuchen!. ¿Lo oyen ustedes?... ¡Silencio!

El tío Santiago nos hacía seña de que nos calláramos, y con el brazo tendido hacia la pared, hacia la selva vecina, escuchaba algo que nosotros no oíamos.

—Se ha marchado, acabó por decir. He de matarlo... Es demasiado siniestro, ese animal..., pero es

(1) Conan Doyle trata el mismo género de misterio, si así puedo expresarme, en la novela titulada *la Banda mosqueada*. En un cuarto cerrado, se comete un terrible asesinato. ¿Quién ha sido del autor? Sherlock Holmes no tarda en descubrirlo, pues, en el cuarto hay un agujero para permitir la entrada del aire, un agujero ancho como una pieza de cinco francos, pero lo suficiente para que por él pase *la Banda mosqueada*, ó sea la serpiente asesina.

hábil..., mucho..., y yo le admiro... Pero hoy se trata de algo más que de probar que es uno un buen sabueso..., de algo más que lo que enseña la experiencia... Trátase de ser lógico, pero lógico, entienda usted bien, como Dios cuando dijo: $2 + 2 = 4$... ¡SE TRATA DE PRESENTAR ARGUMENTOS Y PRUEBAS IRREFUTABLES!

Y el reportero se precipitó hacia fuera, desesperado de pensar que el gran, que el famoso Larsán pudiese presentar antes que él la solución del problema del *Cuarto Amarillo*.

Conseguí alcanzarle en el umbral del pabellón.

—Vamos, cálmese, le dije... ¿No está usted contento?

—Sí, me contestó lanzando hondo suspiro. *Estoy muy contento*. He descubierto muchas cosas...

—¿De orden moral ó de orden material?

—Algunas de orden moral y una de orden material. Esta, por ejemplo.

Y, rápidamente, sacó del bolsillo de su chaleco una hoja de papel que sin duda había él guardado cuando su expedición bajo la cama: el papel contenía un *cabello rubio de mujer*.

VIII

EL JUEZ DE INSTRUCCIÓN

INTERROGA Á LA SEÑORITA STANGERSON

Cinco minutos después, Pepe se agachaba sobre huellas de pasos descubiertos en el parque, bajo la ventana misma del vestíbulo, cuando un hombre, que debía ser algún servidor del castillo, vino á nosotros con celeridad, y gritó al Sr. Darzac, que bajaba del pabellón:

—D. Roberto, el juez de instrucción está interrogando á la señorita.

Darzac nos pidió le excusásemos y corrió en dirección al castillo; el hombre marchó tras él.

—Si el cadáver habla, observé yo, el asunto va á resultar muy interesante.

—Es preciso que lo sepamos, dijo mi amigo. Vámonos al castillo.

Mas, en esto, un gendarme colocado en el vestíbulo nos prohibió la entrada de la escalera del primer piso. Tuvimos que esperar.

Mientras, he aquí lo que ocurría en la habitación de la víctima. El médico de la familia, al ver que Matilde estaba mucho mejor, pero temiendo al mismo tiempo una recaída fatal que no permitiera ya interrogarla, creyó que era deber suyo el avisar al juez de instrucción, quien había resuelto proceder inmediatamente á un interrogatorio. A éste asistieron el señor de Marquet, el actuario, el Sr. Stangerson y el médico. Más tarde, en el momento del proceso, pude lograr el texto de dicho interrogatorio. Helo aquí en su sequedad jurídica:

Pregunta.—Sin que se canse usted demasiado, ¿está usted en situación, señorita, de darnos algunos detalles necesarios sobre el horrendo atentado de que ha sido usted víctima?

Respuesta.—Me siento mucho mejor, caballero, y voy á decirle lo que sé. Cuando penetré en mi cuarto, no noté nada anormal.

P.—Perdone señorita; si usted permite, voy á dirigirle yo á usted preguntas, á las que contestará. Esto la cansará menos que un largo relato.

R.—Como usted guste, caballero.

P.—Sírvese decirme el empleo de la jornada, aquel día. Lo deseo lo más detallado posible; quisiera que no omitiera usted nada, si esto no es pedirle á usted demasiado.

R.—Me levanté tarde, á las diez, por haber regresado tarde mi padre y yo, después de la comida y de la recepción ofrecidas por el presidente de la República en honor de los delegados de la Academia de Ciencias de Filadelfia. Cuando salí de mi cuarto, á las diez y media, ya estaba mi padre trabajando en el laboratorio. Trabajamos juntos hasta las doce; dimos un paseo de media hora por el parque, y almorzamos en el castillo. Media hora de paseo, hasta la una y media, como de costumbre, y de nuevo, volvimos al laboratorio. Allí vimos á mi doncella, que acababa de limpiar mi cuarto y hacer la cama. Entré en el *Cuarto Amarillo* para dar algunas órdenes sin importancia á dicha criada, quien salió del pabellón en seguida, y de nuevo me puse al trabajo con mi padre. A las cinco fuimos á dar otro paseo y tomamos te, como de costumbre.

P.—Al salir, á las cinco, ¿entró usted en su cuarto?

R.—No, señor; mi padre fué quien, á ruego mío, entró en mi cuarto para coger mi sombrero.

P.—¿Y no vió nada sospechoso?

R.—Nada señor.

P.—Además, es casi seguro que no estaba aún

debajo de la cama el asesino en aquel momento.— Cuando usted se marchó, señorita, ¿quedó cerrada con llave la puerta del cuarto?

R.—No. Ningún motivo teníamos para hacer tal...

P.—¿Cuánto tiempo faltaron ustedes dos del pabellón, esta vez?

R.—Una hora, próximamente.

P.—Durante esa hora es cuando el asesino se introdujo en el pabellón. Pero, ¿cómo? No se sabe. Se ven, en el parque, huellas de pasos que regresan de la ventana del vestíbulo, pero no se descubren pasos que vayan hacia ella. ¿Notó usted si estaba abierta la ventana del vestíbulo cuando salió con su padre?

R.—No recuerdo.

EL SR. STANGERSON.—*Estaba cerrada.*

P.—¿Y cuando regresaron ustedes?

LA SEÑORITA STANGERSON.—No me fijé.

EL SR. STANGERSON.—*Seguía cerrada...* Lo recuerdo muy bien, pues, á nuestro regreso, dije en voz alta: «Mientras estábamos fuera, bien podía el tío Santiago haber abierto esta ventana...»

P.—¡Extraño! ¡Extraño! Recuerde usted, señor Stangerson, que el tío Santiago, estando ustedes ausentes, y antes de salir, la había abierto. ¿De modo que, á las seis regresaban ustedes al laboratorio, y reanudaban su tarea?

MATILDE.—Sí, señor.

P.—¿Y ya no salió usted del laboratorio hasta el momento en que entró usted en su cuarto?

EL SR. STANGERSON.—Ni mi hija, ni yo, señor juez. Tanta prisa corría lo que estábamos haciendo, que no perdíamos un minuto. Tanto, que descuidábamos todo lo demás.

P.—¿Comieron ustedes en el laboratorio?

R.—Sí, por la misma razón.

P.—¿Acostumbran comer en el laboratorio?

R.—Rara vez.

P.—¿No podía, el asesino, saber que aquella noche comerían ustedes en el laboratorio?

EL SR. STANGERSON.—Supongo que no, señor... A las seis, cuando regresábamos al laboratorio, fué cuando tomé tal resolución. En aquel momento se llegó á nosotros mi guardabosque, quien me retuvo un momento para pedirme que le acompañara hasta un sitio del bosque cuya tala había yo ordenado. No podía seguirle en aquel momento y dejé para el día siguiente la visita. Aproveché el estar allí aquel hombre para pedirle que *puesto que había de pasar por el castillo dijera al maestresala que comeríamos en el laboratorio*. El guardabosque se marchó, y yo me fuí á juntarme con mi hija, á la que ya había yo dado la llave del pabellón; en efecto, la llave estaba en la puerta, por fuera. Mi hija estaba ya trabajando.

P.—¿A qué hora, señorita, penetró usted en su cuarto mientras su padre de usted seguía trabajando?

MATILDE.—A medianoche.

P.—¿Había el tío Santiago, penetrado aquella noche en el *Cuarto Amarillo*?

R.—Para cerrar los postigos y encender la lamparilla, como todas las noches...

P.—¿No notó nada sospechoso?

R.—Nos lo habría dicho. El tío Santiago es un buen hombre que me quiere mucho.

P.—¿Usted afirma, Sr. Stangerson, que, ya después, no se movió del laboratorio el tío Santiago, que estuvo siempre con usted?

EL SR. STANGERSON.—Lo afirmo. Nada sospecho de él.

P.—Señorita, cuando usted entró en su cuarto, cerró usted en seguida su puerta con llave, corriendo además el cerrojo... Muchas precauciones son esas, sabiendo que su padre de usted y su criado estaban tan cerca. ¿Temía usted algo?

R.—Mi padre no iba á tardar en regresar al castillo, y, el tío Santiago, en ir á acostarse. Además, si en efecto, temía yo algo.

P.—Tanto, que tomó usted el revólver del tío Santiago sin decirselo á él.

R.—Cierto; no quería asustar á nadie, tanto más cuanto que muy bien podían ser pueriles mis temores.

P.—¿Y qué es lo que temía usted?

R.—No podría decirlo fijamente; desde hacía varias noches me parecía oír en el parque y fuera del parque, alrededor del pabellón, ruidos insólitos, á veces pasos, crujidos de ramas. La noche antes del atentado, noche en que no me acosté hasta las tres de la madrugada, al regresar del Elíseo, estuve un rato en mi ventana y creí ver sombras...

P.—¿Cuántas sombras?

R.—Dos sombras que andaban alrededor del estante... Después se ocultó la luna, y ya no vi nada. Ningún año había yo tardado tanto en regresar al

castillo, pues en él duermo durante el invierno; pero, este año, me propuse no dejar el pabellón hasta que terminara mi padre para la Academia de Ciencias, el resumen de sus trabajos sobre la *Disociación de la materia*. No quería yo que esa obra considerable, que iba á quedar lista dentro de pocos días, sufriera un retraso por un cambio cualquiera en nuestras costumbres inmediatas. Comprenderá usted que no haya querido decir nada á mi padre de mis temores infantiles, y que nada dijera tampoco al tío Santiago, quien no hubiera podido sujetar su lengua. De todas maneras, como sabía yo que el tío Santiago tenía un revólver en su mesilla de noche, aproveché un momento en que el buen hombre se ausentó durante el día, para subir rápidamente á su desván y coger el arma, la cual puse en el cajón de mi mesa de noche.

P.—¿Sospecha usted tener algún enemigo?

R.—Ninguno.

P.—Comprenderá usted, señorita, que tanto lujo de precauciones sorprendan...

EL SR. STANGERSON.—Claro que sí, hija mía; tantas precauciones parecen inconcebibles.

R.—No; les repito que, desde hacía dos noches, no estaba yo tranquila, no por cierto.

EL SR. STANGERSON.—Debiste haberme hablado de eso. Eres imperdonable. ¡Habríamos evitado una desgracia!

P.—Una vez cerrada la puerta del *Cuarto Amarillo*, se acostó usted. ¿No es así, señorita?

R.—Sí; y como estaba muy cansada me dormí en seguida.

P.—¿Quedó encendida la lamparilla?

R.—Sí; pero la claridad que esperece es muy tenue...

P.—Bien; pues, ahora, sírvase, señorita, decirnos lo que ocurrió.

R.—No sé si hacía mucho que estaba dormida; pero, de repente, me desperté... Dí un grito fortísimo...

EL SR. STANGERSON.—Sí, un grito horrible... «¡Que me matan!..» Aún lo estoy oyendo.

P.—De modo que dió usted un grito fortísimo...

R.—Había un hombre en mi cuarto. Se precipitó sobre mí, me agarró la garganta, y trató de estrangularme. Casi me ahogaba ya; en esto, mi mano consiguió sacar, del entreabierto cajón de mi mesilla de noche, el revólver puesto allí por mí, y ya armado. En aquel preciso momento, el hombre me tiró al suelo y blandió sobre mi cabeza una especie de maza. Pero ya había yo disparado. En seguida me sentí herida por un terrible golpe en la cabeza. Todo esto, señor juez, duró menos de lo que tardó en decirselo á usted, y ya no sé nada más.

P.—¿Nada?... ¿No se figura usted cómo pudo el asesino escaparse de su cuarto de usted?

R.—No acierto á explicármelo... No sé nada más. El que está muerto no sabe lo que ocurre en torno suyo.

P.—El hombre, ¿era alto ó bajo?

R.—Sólo vi una sombra que me pareció formidable...

P.—¿No puede usted darnos ninguna indicación?

R.—Señor mío, lo único que sé es lo que le he dicho: un hombre se precipitó hacia mí, disparé contra él... Y es cuanto puedo decir...

Aquí termina el interrogatorio de la señorita Stangerson. Pepe Ruedelabola esperaba con paciencia al Sr. Darzac, que no tardó en aparecer.

En una pieza contigua al cuarto de Matilde había estado escuchando el interrogatorio y venía á referirlo á mi amigo, con una exactitud, una memoria y una docilidad que me sorprendieron una vez más. Merced á los rápidos apuntes tomados con un lápiz, pudo reproducir casi textualmente las preguntas y las contestaciones.

En verdad, parecía el Sr. Darzac ser el secretario de mi joven amigo, y obraba en todo, como alguien que nada podía rehusarle; más aún, como alguien que hubiera trabajado para él.

El hecho de la *ventana cerrada* llamó mucho la atención al reportero, así como se la había llamado al juez de instrucción. Además, Pepe pidió al señor Darzac que una vez más le repitiera el empleo del tiempo del Sr. Stangerson y de su hija el día del drama, tal como Matilde y su padre lo habían referido ante el juez. La circunstancia de la comida en el laboratorio pareció interesarle en sumo grado, y se hizo repetir dos veces, para mayor seguridad, que únicamente el guarda sabía que el padre y la hija comerían en el laboratorio, y de qué manera lo había sabido el guarda.

Ya que hubo llamado el Sr. Darzac, dije yo.

—Ese interrogatorio no adelantará mucho el problema.

—Lo enmaraña, asintió Darzac.

—Lo ilumina, dijo, pensativo, Ruedelabola.

IX

REPORTERO Y POLICÍA

Volvimos los tres hacia el pabellón. A unos cien metros del edificio nos detuvo el reportero, y designándonos una espesura a nuestra derecha, nos dijo:

—De ahí salió el asesino para entrar en el pabellón. Como había otras espesuras parecidas en el roble, pregunté por qué había escogido el asesino ésta más bien que otra; Pepe me contestó designándome el sendero que pasaba cerquísima de aquella espesura y que conducía a la puerta del pabellón.

—Como ustedes ven, dijo, este sendero está cubierto de guijos. Es preciso que el hombre haya pasado por aquí para ir al pabellón, puesto que no se encuentra rastro de sus pasos a la ida sobre la tierra blanda. Ese hombre no tiene alas; ha andado; pero ha andado sobre los guijos que rodaron bajo su calzado, sin conservar huellas de éste: esos guijos, en efecto, han sido pisados por otros muchos pies, puesto que ese sendero es más directo para ir del pabellón al castillo. En cuanto a la espesura, formada por plantas que no mueren en invierno, suministró al asesino resguardo suficiente mientras llegaba el momento de dirigirse al pabellón. Oculto en esa espesura, el hombre vió salir al Sr. Stangerson y al tío Santiago. Hay guijos hasta la ventana—casi—del vestíbulo. Una huella de los pasos del hombre, paralela a la pared, huella que notábamos antes y que ya he visto yo, prueba que no ha tenido más que dar un paso para hallarse frente a la ventana del vestíbulo, dejada abierta por el tío Santiago; y ya no tuvo más que alzarse con los puños y penetrar en el vestíbulo.

—Después de todo, muy posible es eso, dije yo. —¿Después de todo qué? ¿Después de todo qué?... exclamó Ruedelabola, dando rienda suelta a una repentina ira inocentemente desencadenada por mí... ¿Por qué dice usted: después de todo, muy posible es eso?..

Le pedí que no se enfadara, pero ya lo estaba demasiado para escucharme, y declaró que admiraba la duda prudente con que muchas personas (yo) consideraban desde lejos los más sencillos problemas, sin arriesgarse jamás a decir: «esto es» ó «esto no es», de suerte que su inteligencia alcanzaba exactamente al mismo resultado que se obtuviera, caso de habersele olvidado a la naturaleza poner un poco de materia gris en su cráneo. Al verme torcer el gesto, mi joven amigo me cogió del brazo y me concedió «que no había él dicho aquello por mí, dado que me profesaba particular estima.»

—Pero lo cierto es, añadió, que es a veces criminal el no razonar con fijeza, siempre que se puede... De no razonar así con esos guijos tengo que razonar con un globo; pero la ciencia de la aerostación dirigi-ble no está aún lo suficientemente desarrollada para que admita yo que el asesino vino por el aire. No diga usted, pues, que una cosa es posible, cuando es imposible que sea de otra manera. Ahora sabemos cómo entró el hombre por la ventana, y también sabemos en qué momento entró. Entró durante el paseo de las cinco. El hecho de la presencia de la doncella que acaba de asear el Cuarto Amarillo, en el laboratorio, en el momento de regresar el profesor y su hija, a la una y media, nos permite afirmar que a la una y media no estaba el asesino en el cuarto, bajo la cama, a menos que haya complicidad de la doncella. ¿Qué dice usted a eso, Sr. Darzac?

Darzac declaró que estaba seguro de la doncella, criada muy adicta a su ama. Y añadió:

—A las cinco, el Sr. Stangerson entró en el cuarto, en busca del sombrero de su hija.

—También hay ese detalle, dijo Pepe. —Admito, dije, que entrara el hombre por esa ventana, en el momento que usted dice; mas, ¿por qué volvió a cerrar la ventana, lo cual había, por fuerza, de llamar la atención de los que la habían abierto?

—Puede ser que no haya sido cerrada en seguida la ventana, me contestó el joven reportero. Pero si cerró de nuevo la ventana, fué a causa de la forma que hace el sendero cubierto de guijos, a veinticinco metros del pabellón, y a causa de los tres robles que se alzan en aquel sitio.

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó Darzac, que nos había seguido y que escuchaba a Pepe con jadeante atención.

—Más tarde se lo explicaré, señor mío, cuando lo estime oportuno; mas no creo haber pronunciado palabras más importantes sobre este asunto, si se justifica mi hipótesis.

—¿Y cuál es, esa hipótesis? —Sólo en caso de que resulte ser la verdad la daré a conocer. Se trata de algo demasiado grave para que lo publique, mientras no pase de ser una hipótesis. —¿Tiene usted alguna idea acerca del asesino?

—No, señor, no sé quién es el asesino, pero no tema usted nada por eso, Sr. Darzac, lo sabré.

Noté que Darzac estaba muy emocionado, y sospeché que la afirmación de Pepe no era de su agrado. Entonces, ¿por qué, si realmente temía que fuera descubierta el asesino (preguntaba yo a mi propio pensamiento), por qué ayudaba al reportero a encontrarlo? Pareció mi joven amigo haber recibido la misma impresión que yo, y dijo brutalmente:

—¿No le disgusta a usted, Sr. Darzac, que descubra al asesino?

—¡Ah!, ¡quisiera matarlo con mi propia mano!, exclamó el prometido de Matilde con arranque que me dejó asombrado.

—De sobra lo comprendo, dijo gravemente Pepe; mas no ha contestado usted a mi pregunta.

Pasábamos cerca de la espesura de la que antes nos había hablado el joven reportero; entré en ella y le enseñé las huellas evidentes del paso de un hombre que se había ocultado allí. Una vez más tenía razón Ruedelabola.

—¡Claro que sí!. Nos las tenemos con un individuo de carne y hueso, que no dispone de medios distintos de los nuestros y será menester que todo se arregle.

Diciendo esto, me pidió la suela de papel que me había confiado y la aplicó sobre una huella muy marcada que se veía detrás del bosquecillo; hecho lo cual, levantóse exclamando: ¡Pardiez!

Creía yo que iba, ahora, a seguir la pista, los pasos de la huella del asesino, desde la ventana del vestíbulo, pero nos llevó bastante lejos hacia la izquierda, declarándonos que era inútil meter las narices en semejante fango, y que ahora sabía qué camino había seguido el criminal.

—Ha ido hasta el final de la pared, a cincuenta metros de ahí, y luego saltó el seto y el foso; miren, frente a ese senderito que conduce al estanque. Era ese el camino más rápido para salir de la finca é ir al estanque.

—¿Cómo sabe usted que ha ido al estanque? —Porque Larsán está en sus orillas desde esta mañana. Debe haber allí muy curiosos indicios.

Algunos minutos más tarde, estábamos cerca del estanque.

Consistía éste en una no muy extensa capa de agua pantanosa rodeada de cañas, y sobre la cual flotaban aún algunas pobres hojas caídas de nenúfar. Acaso nos viera llegar Larsán, pero es probable que le interesáramos poco, pues no se cuidó de nosotros y continuó removiendo con la punta de su bastón algo que no veíamos.

—Miren, dijo Pepe, he ahí de nuevo los pasos de la huella del hombre; aquí, se alejan del estanque, aquí vuelven a él, y por fin desaparecen, cerca de la orilla, precisamente delante de ese sendero que conduce a la carretera de Epinay. El hombre ha proseguido hasta París...

—¿Qué es lo que motiva su creencia de usted, interrumpí, puesto que ya no se ven pasos en el sendero?..

—¿Lo que me lo hace creer? ¡Pues, esos pasos, los pasos que yo esperaba!, exclamó, designando la muy marcada huella de un calzado elegante... ¡Miren!

Y se dirigió con la voz a Larsán.

—D. Federico, le gritó..., esos pasos elegantes sobre el camino, ¿están ahí desde el descubrimiento del crimen?

—Sí, joven, sí; han quedado apuntados cual merecían, contestó Larsán sin alzar cabeza. Como usted ve, hay pasos que vienen y pasos que van...

—¡Y el hombre tenía una bicicleta!, exclamó el reportero.

Aquí, después de haber mirado las huellas de la bicicleta que seguían, a la ida y a la vuelta, los pasos elegantes, creí poder intervenir.

—La bicicleta explica la desaparición de los pasos bastos del asesino, dije. El asesino, de pasos bastos, subió a una bicicleta... Su cómplice, el hombre de pasos elegantes, había venido a esperarle a orilla del estanque, con la bicicleta. ¿Puede suponerse que el asesino obraba por cuenta del hombre de pasos elegantes?

—¡No, no!, replicó Pepe con extraña sonrisa... Esperaba yo esos pasos desde el comienzo del asunto. Ya que los tengo, no los abandono: ¡son los pasos del asesino!

—¿Y de los otros pasos, los pasos bastos, qué dice usted de ellos?

—Son también pasos del asesino.

—Entonces, ¿hay dos asesinos?

—Sólo hay uno, y no tuvo cómplice.

—¡Canastos, canastos!, gritó desde su sitio Federico Larsán.

—Miren, prosiguió el joven reportero indicándonos la tierra removida por tacones gruesos; el hom-

bre se ha sentado aquí y se ha quitado los borceguíes que se puso para engañar a la justicia; después, llevándose sin duda los borceguíes, se levantó con sus pies habituales y tranquilamente, ganó la carretera, llevando de la mano su máquina. No podía arriesgarse, sobre ese malísimo sendero, a correr en bicicleta. Además, lo que lo prueba es la huella ligera y vacilante de las ruedas sobre el sendero, a pesar de la blandura del suelo... No, no, en todo esto no había más que un hombre: el asesino, a pie.

—¡Bravo, bravo!, repitió Larsán. Y, de repente, vino éste a nosotros, se plantó ante Darzac, y le dijo:

—Si tuviéramos aquí una bicicleta..., podríamos demostrar la exactitud del razonamiento de este joven, Sr. Darzac... ¿No sabe usted si hay alguna en el castillo?

—No, contestó Darzac, no hay ninguna; hace cuatro días, llevé la mía a París; es decir, la última vez que estuve aquí antes del crimen.

—¡Es lástima!, replicó Larsán con tono de extrema frialdad.

Y, volviéndose hacia Pepe:

—Si continuamos así, verá usted cómo llegaremos ambos a las mismas conclusiones. ¿Tiene usted una idea de cómo salió del Cuarto Amarillo el asesino?

—Sí, contestó mi amigo, una idea...

—También yo, continuó Larsán, y debe de ser la misma. No hay dos maneras de razonar, en este asunto. Espero, para explicarme ante el juez, la llegada de mi jefe.

—¡Ah!, ¿va a venir el jefe de la Seguridad?

—Sí, esta tarde, para la confrontación en el laboratorio, ante el juez de instrucción, de cuantos han desempeñado ó podido desempeñar un papel en el drama. Será muy interesante. Es lástima que no pueda usted asistir a ella.

—Asistiré, afirmó Pepe.

—¡La verdad, es usted extraordinario..., para su edad!, replicó el policía con tono ligeramente irónico... Haría usted un excelente policía..., si tuviese un poco más de método... Si obedeciese usted menos a su instinto y a las protuberancias de su frente. Ya más de una vez he observado que razona usted demasiado, Sr. Ruedelabola. No se deja usted guiar lo bastante por su observación. ¿Qué dice usted del pañuelo lleno de sangre y de la mano roja en la pared? ¿Usted ha visto la mano roja; yo, sólo veo el pañuelo. ¿Qué me contesta usted?

—... Que el asesino ha sido herido en la mano por su víctima, contestó algo vacilante Pepe.

—¡Ah!, observación brutal, instintiva... Ojo, es usted demasiado directamente lógico, Sr. Ruedelabola, la lógica se vengará de usted, si la brutaliza de esa manera. Numerosas son las circunstancias en que hay que tratarla con dulzura, tomarla de lejos... Tiene usted razón cuando habla del revólver de la señorita Stangerson. Es cierto que la víctima ha disparado. Pero no está usted en lo cierto al decir que hirió al asesino en la mano...

—¡Tengo la seguridad!..., exclamó Pepe.

Larsán, imperturbable, le interrumpió:

—Defecto de observación..., defecto de observación... El examen del pañuelo, las innumerables manchas redondas, rojizas, impresiones de gotas que también veo en la huella de los pasos, en el momento mismo de sentar en tierra el paso me prueban que el asesino no fué herido. El asesino Sr. Ruedelabola, echó sangre por la nariz...

Larsán estaba serio. No obstante, no pude retener una exclamación.

El reportero miraba a Larsán, quien también miraba seriamente al reportero. Y Larsán sentó en seguida una conclusión:

—El hombre que echaba sangre por la nariz en su mano y en el pañuelo, limpió su mano contra la pared. La cosa es muy importante, añadió, pues el asesino no ha menester estar herido en la mano para ser el asesino.

Pepe pareció reflexionar profundamente, y dijo:

—Hay una cosa, Sr. Larsán, que es mucho más grave que el hecho de brutalizar la lógica: es esa disposición de espíritu de que adolecen ciertos policías, y que les hace, con muy buena fe, doblar la lógica a las necesidades de sus concepciones. Usted ya tiene hecha su composición de lugar sobre el asesino, señor Larsán, no lo niegue usted..., y es menester que el asesino no haya sido herido en la mano, pues, de lo contrario, su idea de usted caería por sí misma... Y ha buscado usted..., y ha encontrado otra cosa... Muy peligroso es, Sr. Larsán, ese sistema que consiste en partir de la idea que se hace uno del asesino para llegar a las pruebas que necesita... Eso puede conducir lejos... ¡Ojo con el error judicial Sr. Larsán; le está acechando a usted!

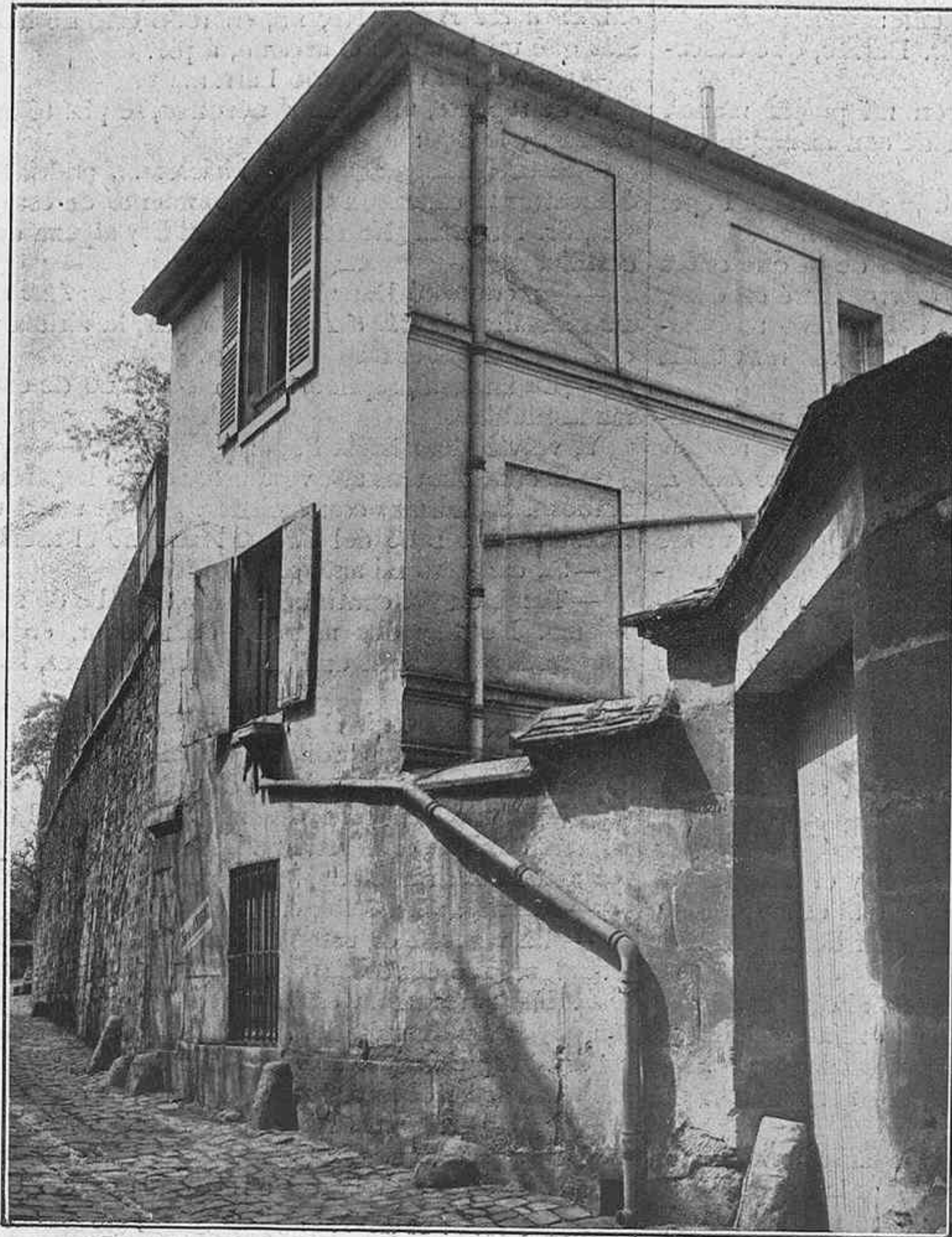
(Se continuará.)

PARÍS.—INAUGURACIÓN DEL MUSEO BALZAC

El día 16 de julio último efectuóse en París la inauguración del Museo Balzac, instalado en la casita de la calle de Raynouard, en Passy, en que vivió

Después de una bellísima alocución del señor de Haraucourt, representante del secretario de Estado en las Bellas Artes, el presidente de la Sociedad de

nos admiradores aportaron los primeros elementos. En nombre de París, el Sr. Bellán, presidente del Consejo municipal, dijo, entre otras cosas:



Casa en donde vivió Balzac y que ha sido convertida en museo Despacho de Balzac que se conserva tal como estaba en vida de éste
(De fotografías de M. Rol.)

y trabajó el eminente literato desde 1841 á 1848. En ese museo se han reunido varios objetos que pertenecieron á Balzac ó que evocan su recuerdo y que han sido recogidos por los individuos de su familia, Lorenzo Surville de Balzac, Pedro Carrier-Belleuse y Pablo de Saint-Pierre de Montzaigle, y por algunos de los más fervientes admiradores del gran escritor, entre ellos la señora viuda de Daudet, Pablo Bourget, Mauricio Barrés, Juan Richepin, Royaumont, Rosny, Quentin Bauchart, David d'Angers, Fabre, Tancredo Martel, Gabalda, Maillard, Gastón Carraud y otros.

La ceremonia tuvo un carácter de encantadora intimidad, á pesar de haber asistido á ella representantes del gobierno, del Consejo municipal, del Consejo general, del prefecto del Sena, del prefecto de policía, del inspector general de Bellas Artes, del Museum de Londres y de otras importantes entidades. Concurrieron también todos los miembros de la familia de Balzac, los de la Sociedad de los amigos de Balzac y la señora Barbier, última persona, de las que actualmente viven, que habló con el inmortal autor de la *Comedia Humana*. Esta señora es la anciana que se ve en el grabado adjunto sentada en primera fila y con las manos cruzadas.

los amigos de Balzac, Enrique Maret, pronunció un ingenioso discurso sobre los apuros financieros del novelista ilustre y sobre su manera magistral de pagar á sus acreedores á fuerza de trabajo y de genio. Lorenzo Surville de Balzac relató la vida sencilla, noble, laboriosa, del escritor, y dijo cómo el señor

«Si sabemos que aquí, en este pabellón, ha llevado, sin desfallecer, durante siete años su vida de trabajo ímprobo, la magnífica lección que de este ejemplo se desprende, ¿no se hace, por ventura, más sensible para nosotros? Si sabemos que en este sitio exacto del espacio han sido concebidos, meditados y

ejecutados el *Père Goriot* y la *Cousine Bette*, ¿acaso este sitio no aparece de pronto realzado ante nuestros ojos? ¡Multiplíquense las casas del genio! Serán otros tantos lugares consagrados á los que no se aproximarán los pensamientos bajos y vulgares.»

El Sr. de Andigné, consejero municipal del barrio de Passy, hablando en representación de éste, refirió algunos interesantes pormenores, poco conocidos, de la vida de Balzac y recordó que éste fué «el novelista de corazón espléndido y generoso que distribuyó sus escudos con la misma facilidad con que escribía sus obras.»

Otros oradores tomaron parte en el acto expresando su admiración y su culto por Balzac.

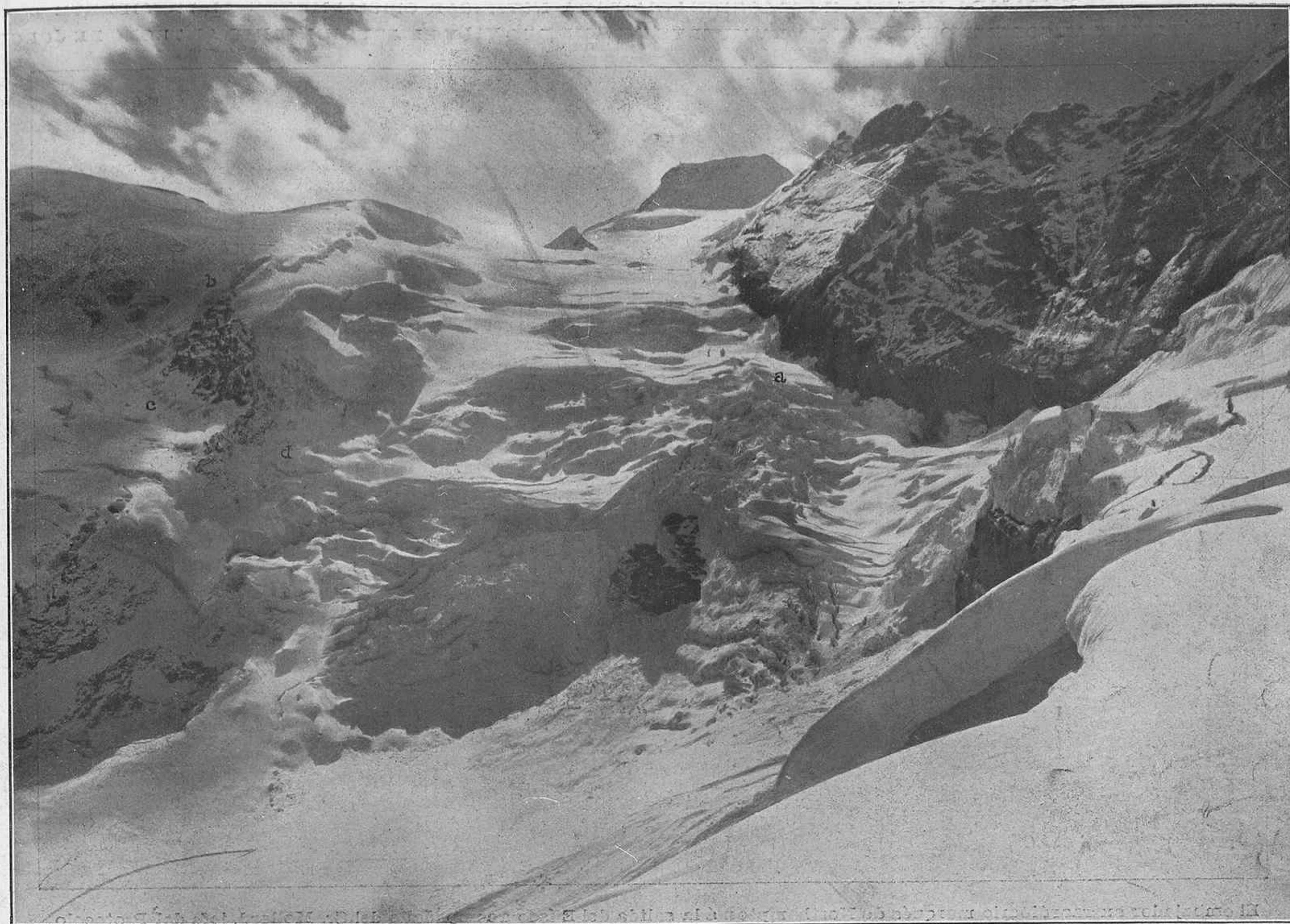
Todos fueron aplaudidos con gran entusiasmo, como lo fueron asimismo las notables actrices María Leconte y Marcela Geniat, que leyeron la primera un poema de Pedro Vierge y la segunda un soneto de Gabriel Trarieux, ambas composiciones en honor del genio en cuyo honor el acto se celebraba.—S.



Ceremonia de la inauguración del museo. Los invitados escuchando la lectura de una poesía por la actriz María Leconte, de la Comedia Francesa. (De fotografía de World's Graphic Press.)

Royaumont concibió el proyecto de crear el Museo Balzac y cómo él, Pablo Bourget, la familia y algu-

soneto de Gabriel Trarieux, ambas composiciones en honor del genio en cuyo honor el acto se celebraba.—S.



La catástrofe del Bergli (Suiza) Vista del lugar en que se produjo la catástrofe que causó la muerte de siete personas
 A. Estación de Eismeer, del ferrocarril de la Jungfrau. - B. Cabaña de Bergli, en donde se desprendió el alud. - C. Sitio en que fueron encontrados seis cadáveres
 D. Sitio en donde cayeron los cuatro viajeros que se salvaron. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

LA CATÁSTROFE DEL BERGLI

Hace poco, en el monte suizo de la Jungfrau ocurrió una catástrofe que ha aumentado la lista de las víctimas del alpinismo, con la particularidad de que este accidente, que ha costado la vida a siete personas, se produjo en un sitio poco peligroso.

El día 8 del mes próximo pasado salieron de Grindelwald dos turistas, los Sres, Kuhn, de Estrasburgo, y Barthold, de Saarbrücken con el propósito de efectuar la ascensión al Finsterdarhorn (4.275 metros) y á la Jungfrau (4.166 metros). Acompañábanles seis expertos guías y cuatro bagajeros. La excursión, que en tiempo normal no ofrece grandes peligros, era en esta ocasión expuesta, porque había estado nevando cuatro días y sabido es que la marcha sobre la nieve fresca por aquellas montañas resulta sumamente arriesgada. Así lo hicieron presente los guías, pero

los turistas desoyeron sus advertencias y emprendieron la excursión.

La caravana, que había salido de Grindelwald al amanecer, llegó á las seis de la tarde cerca de la cabaña del Bergli, perteneciente al Club Alpino suizo y situada á 3.299 metros, en una roca que sobresale del ventisquero. El guarda de la cabaña, Kauffmann, hallábase casualmente acompañado de otro guarda, Bohren, de la cabaña Concordia, que había pasado por allí pocos días antes, dirigiéndose á su puesto de verano, y que, detenido por el mal tiempo, habíase quedado en el albergue de su compañero.

Los dos guardas divisaron la caravana, y mientras Kauffmann abría un camino en la nieve, Bohren salió al encuentro de los excursionistas; pero apenas había dado éste unos cien pasos, fué derribado por un inmenso alud que, dividido en dos pedazos por la arista de un peñasco, arrastró por un lado á los dos

turistas y á los seis guías y cayó por el otro sobre los cuatro bagajeros. Estos, al ver venir la masa de nieve, tuvieron tiempo de echarse en el suelo y agarrándose á las asperezas de la roca ó del hielo fueron arrastrados bastante lejos pero sin sufrir más que ligeras contusiones. Pasado el peligro, se incorporaron y fueron en auxilio de los demás que, lanzados en una pendiente rápida habfan ido á estrellarse contra el hielo; seis de éstos, entre ellos los dos turistas, estaban ya muertos. Los otros dos, heridos gravemente, fueron conducidos á la cabaña, en donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente, una columna de veintiséis guías partió de Grindelwald para recoger los cadáveres y los heridos, uno de los cuales falleció por el camino. La fúnebre comitiva llegó á Eismeer, última estación del ferrocarril de la Jungfrau, y desde allí á Grindelwald.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILAVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PARÍS.—UNA EMBAJADA INGLESA EXTRAORDINARIA PARA NOTIFICAR OFICIALMENTE AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y AL GOBIERNO DE FRANCIA LA MUERTE DE EDUARDO VII Y EL ADVENIMIENTO AL TRONO DE JORGE V



El embajador extraordinario marqués de Northampton á la salida del Elíseo acompañado del Sr. Mollard, jefe del Protocolo
(De fotografía de World's Graphic Press.)

Cumpliendo la tradición y las leyes protocolarias, el rey de Inglaterra Jorge V ha enviado á París una embajada extraordinaria encargada de notificar oficialmente al presidente y al gobierno de la República francesa la muerte de su padre, Eduardo VII, y su propio advenimiento al trono. Componen la embajada el marqués de Northampton, el almirante sir Arturo Faus-hawe, el teniente general sir Reginaldo Pole Carew, el conde Compton y Mr. Cecilio Dormer.

El marqués de Northampton, que pertenece á una de las más antiguas familias aristocráticas de Inglaterra, es el quinto marqués de su título, ha desempeñado importantes cargos diplomáticos y ha sido lord teniente de Irlanda y diputado de Yorkshire.

El almirante Faus-hawe, exayudante de la reina Victoria, ha sido segundo comandante jefe de las escuadras de la Mancha y del Pacífico, y en la actualidad preside el Colegio Naval de Greenwich.

El general Pole Carew, exayudante de lord Lytton, virrey de las Indias, del mariscal lord Roberts y de S. A. R. el duque de Connaught, ha hecho casi todas las campañas coloniales, entre ellas la del Transvaal, en la que mandó primero una brigada y luego una división, y

tuvo por compañero de armas al que hoy lo es de embajada, el conde Compton, hermano del marqués de Northampton.

El día 18, el marqués de Northampton y los demás miembros de la embajada, acompañados del jefe del protocolo Sr. Mollard, fueron al Elíseo, en donde recibió el presidente de la República, quien tenía á sus lados al Sr. Pichón y á los individuos de sus casas civil y militar. El embajador hizo entrega al Sr. Fallieres de las cartas del rey de Inglaterra y pronunció un discurso notificando, por orden de su augusto soberano, la muerte de Eduardo VII y el advenimiento al trono de Jorge V, dando las gracias en nombre de éste por las pruebas de amistad y afecto que su padre había recibido de Francia y expresando los sentimientos cordiales que al monarca inglés animan respecto de la nación francesa, y su deseo y esperanza de que subsista el buen acuerdo entre ambos pueblos. El Sr. Fallieres contestó con otro discurso glosando las palabras del embajador y haciendo votos por la prosperidad del nuevo reinado.

Por la noche el presidente de la República dió un banquete de gala en honor de la embajada.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

data de 1849
Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS
R. St-Denis, 48

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL DE 105
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA
de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXÁJENSE LA FIRMA Y EL
RÓTULO VERDE
JARABÉ DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE
de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN